FRAY MOCHO



Los primeros gladiolos

Fot. Márquez.

Número 574

24 de abril de 1923

PRODUCTOS
SUPREMA

Un hermoso cutis

suave y delicadamente perfumado lucen sin excepción las damas que se embellecen con los finos y exquisitos

PRODUCTOS SUPREMA

POLVO GRASOSO SUPREMA

Finísimo y adherente, la caja $ 1.10

AGUA COLONIA SUPREMA

De fino perfume, el frasco $ 2.20

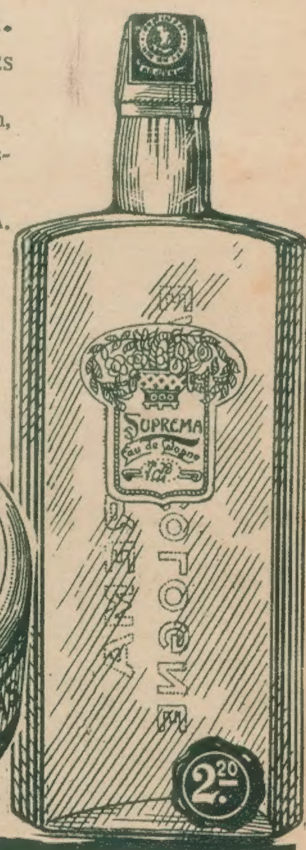
SE VENDEN EN TODAS PARTES.

SOCIEDAD GENERAL DE PERFUMES
PRODUCTOS
SUPREMA

P. BURS & Cía.
Bolivar, 1725 Buenos Aires

A las damas que la soliciten, remitimos GRATIS una muestra del finísimo Polvo Grasoso SUPREMA.





FRAY MOCHO

Año XII | Buenos Aires, 24 de abril de 1923 | Núm. 574

SEGÚN SUS LUCES, por O. HENRY

En alguna parte de la gran ciudad, allá donde las luces turbias e inestables se mezclan y se posan al fin, se encontraron y se hicieron amigos, el joven Murray y el capitán. Ambos se hallaban en lo más bajo de su suerte, ambos habían caído de una situación moderadamente envidiable, de respectabilidad e importancia y eran ambos productos típicos de la monstruosa educación de la hinchada y presuntuosa alma mater cívica.

El capitán no era ya capitán. Uno de esos cataclimos morales súbitos que algunas veces barren la ciudad, lo había derribado de un cargo elevado y proficuo en el departamento de policía, arrancándole la divisa y su vistoso uniforme, y dejando en manos de sus abogados los bienes materiales que su frugalidad había logrado acumular. Un mes después de haber sido exonerado y degradado, el dueño de un despacho de bebidas de los suburbios, le tomó por el cuello, como quien toma a un gato intruso, y lo arrojó al medio de la calle. Esto era ya bastante humillante. Pero después de eso se dedicó a escribir cartas de quejas a los diarios. Más tarde se peleó a brazo partido con uno de los guardianes del asilo nocturno que intentaba hacerle tomar un baño. Cuando Murray lo vió por primera vez, tenía de la mano a una verdulera callejera y se esforzaba por entonar una canción popular.

La caída de Murray había sido más luciferina, aunque menos llamativa. Todo el lujo y las comodidades de la riqueza habían sido suyos. En los coches de turistas, el conductor se vuelve para hacer observar la magnífica residencia en una gran avenida. Pero había habido una disputa terrible sobre algo y el joven príncipe fué acompañado hasta la puerta por un criado, lo que, en esa avenida, es equivalente a un puntapié. Y como aquel príncipe de que nos dice Shakespeare, pero sin herencia ni espada, se dejó arrastrar hacia abajo, a encontrar a su Falstaff sin buen humor, y a recoger con él, las migajas de la calle.

Un anochecer se hallaban sentados en un banco de una plaza. El voluminoso cuerpo del capitán, que el hambre parecía hinchar—provocando ironía en vez de piedad en sus súplicas de socorro, — se amontonaba como masa informe en uno de los brazos del banco. Su cara rojiza, con manchones bermejos, barba de una semana, bajo un sombrero de paja, de alas torcidas, en la semiobscuridad parecía uno de esos vagos objetos que se ve en una vidriera mal iluminada y que desafían a la imaginación a que diga si es un sombrero de dama o una torta de fresas; un cinturón ajustado, última reliquia de su uniforme, marcaba un hondo surco en su circunferencia. Los botines del capitán habían perdido todos los botones. Con voz sorda maldijo su mala suerte.

Murray, a su lado, se encogía en su rotoso y sucio traje de sarga azul. Con el sombrero echado sobre los ojos, se quedaba quieto y un poco indiferente, como un fantasma vencido.

—Tengo hambre, — gruñó el capitán,—por el lomo del toro de Bashan, te juro que me muero de hambre. Me tragaría uno de esos restaurants de recreo, íntegramente, con estufa y todo. ¿No se te ocurre nada, Murray? Te quedas ahí, con los hombros encogidos, como si imitaras al millonario Vanderbilt, cuando maneja su coche. ¿Para qué darse aires ahora? Piensa, más bien, en algún sitio donde se pueda masticar algo.

—Olvidas, mi estimado capitán,— repuso Murray sin moverse, — que nuestra última tentativa de cenar fué una idea mía.

—¿Y no se te ha ocurrido ninguna idea mejor?—gruñó el capitán.

—Reconozco que fracasamos.—suspiró Murray.—Estaba seguro de que Malone nos dejaría comer al fiado una vez más, dada la forma con que charlamos de baseball la última vez que le gasté un níquel.

—Yo tenía esta mano,—dijo el capitán extendiendo el infortunado miembro,—yo tenía esta mano sobre una pata de pavo y dos sandwiches de sardina cuando los mozos nos agarraron.

—Y yo estaba a cinco centímetros de las aceitunas,—dijo Murray.—Aceitunas rellenas. Hace un año que no las pruebo.

—Pero algo tenemos que hacer,— insistió sordamente el capitán. — No podemos morir de hambre.



El gerente.—A ver si le dice a aquel mozo que no se quede tan cerca de la mesa de esos recién casados.

El mayordomo.—Es que... para que no les oiga, le encargan algo a cada momento.

—¿No podemos?—comentó Murray tranquilamente. — Me alegro de saberlo. Temí que podíamos.

—Espérame aquí,—dijo el capitán, poniéndose pesadamente de pie.—Haré otra tentativa. Quédate aquí hasta que vuelva, Murray. No tardaré más de media hora. Si me resulta el plan, volveré radiante.

Hizo algunos esfuerzos elefantinos para infundir gallardía a su porte. Dió a sus largos mostachos una vuelta hacia arriba; sacudió los brazos para que asomaran dos puños de ribete negro; profundizó la grasa de su abdomen, ajustando el cinturón un agujero más, y se encaminó, como un rinoceronte, hacia el lado sur del parque.

Cuando se perdió de vista, Murray se levantó también y se dirigió rápidamente hacia el este. Se detuvo al fin delante de un edificio, cuya entrada alumbraban, a ambos lados, dos luces verdes.

—Un capitán de policía llamado Maroney,—dijo al empleado que lo atendió,—fué despedido de la repartición, después de un sumario, hace tres años. Creo que la aplicación de la pena quedó suspendida. ¿La policía busca ahora a ese hombre?

—¿Qué es lo que usted pretende? —preguntó el empleado, frunciendo el ceño.

—Supongo que se ha fijado una recompensa para quien lo detenga,— explicó Murray sin inmutarse. — Conozco bien a ese hombre; parece que se oculta. Sé dónde está. Puedo hacerlo detener en cualquier momento. Si hubiera una recompensa...

—No hay ninguna recompensa,— le interrumpió secamente el empleado.—La policía no necesita a ese individuo. Ni a usted tampoco. Váyase inmediatamente. Usted seguramente es amigo de él y viene a venderlo. Fuera de aquí o lo haré sacar.

Murray contempló al empleado con dignidad serena y virtuosa.

—Quería simplemente cumplir mi deber como ciudadano y como caballero,—dijo con severidad,—auxiliando a la ley a prender a uno de los que la han burlado.

Murray se apresuró a volver al banco del parque. Cruzó los brazos y se encogió más que antes.

Diez minutos después apareció el capitán echando ternos tempestuosamente. Le habían arrancado el cuello; traía el sombrero de paja aplastado y retorcido, y la camisa desgarrada hasta la cintura. De la cabeza a las rodillas le cubría un vil líquido grasoso, que por su olor a cebolla delataba ser residuo de una cocina.

—¡Por Dios, capitán! — exclamó Murray con sorna.—Creo que no te habría esperado si hubiera supuesto que estabas tan desesperado como para recurrir a los barriles de desperdicios de fondas.

—¡Basta!—repuso el capitán secamente.—Todavía no estoy dispuesto a hozar. Fuí a hacer una proposición de matrimonio a Catrina, la verdulera. Era un plan factible. La mujer es un pimpollo, y yo estaba seguro de que la tenía fascinada. ¡Fíjate cómo me ha puesto! Tal vez me apuré demasiado. Veremos si otro plan resulta.

—¿Quieres decir,—dijo Murray con desden infinito,—que te habrías casado con esa mujer a fin de salir de la desgraciada situación en que te hallas?

—¿Yo? — contestó el capitán. — Yo me casaría con la emperatriz de la China por una taza de caldo gordo. Yo asesinaría por un plato de estofado. Yo robaría a un huérfano un pedazo de bizcocho. Yo sería mormón por un plato de ostras con cebollas.

—Y yo creo,—dijo Murray apoyando la cabeza en las manos,—que haría de Judas por un trago de wisky. Por treinta dineros yo...

—¡Oh, basta! — lo interrumpió el capitán asustado.—Tú no harías eso, Murray. Un hombre que vende a su amigo es peor que un pirata. Es lo más bajo de lo más bajo.

Por el sendero del parque se acercaba un hombre alto, que miraba a un lado y otro, donde la luz eléctrica permitía ver un banco.

—¿Es usted, Mac?—dijo, deteniéndose delante de los dos despojos de la sociedad. Brillaba con vivo fuego el brillante de su alfiler de corbata. La gruesa cadena de reloj, cargada de brillantes era una cinta de luz. Era un hombre alto, corpulento, bien vestido.—Sí; ya veo que es usted — continuó.—Me dijeron en lo de Milse

"SU ÚLTIMA PALABRA"

Es el título del cuento, especialmente traducido para esta revista, que aparecerá en el próximo número. Constituye su argumento una tormenta moral que se desencadena entre dos cónyuges al cabo de veinte años de sufrimiento y de silencio. Es su autor Maarten Maartens, escritor de origen holandés.



que le encontraría por aquí. Tengo que hablarle a solas un momento.

El capitán se puso de pie, con un gruñido de satisfacción. Si Carlos Finnegan hasta su abismo para verle, vendría alguna novedad provechosa. Carlos lo guió, del brazo, hasta un sitio obscuro.

—No sé si sabes, Mac,—continuó,—que han procesado al inspector Pickering por cohecho.

—Era mi inspector,—dijo el capitán.

—O'Shea necesita ese puesto,—siguió diciendo Finnegan,—y lo tendrá. Es para bien de nuestra organización. Tenemos que reventar a Pickering. Una declaración de usted será suficiente para reventarlo. Era su superior cuando usted pertenecía a la policía y las sumas que recibía pasaban por manos de usted. Queremos que vaya al tribunal y que declare contra él.

—Pickering era...—comenzó a decir el capitán.

—Un momento,—dijo Finnegan, sacando un puñado de papeles amarillos del bolsillo interior de su saco.—Hay quinientos dólares para usted. Doscientos cincuenta inmediatamente y el resto...

—...era amigo mío,—terminó la frase el capitán.—Yo vería a usted, a la "organización", a la ciudad y al partido, en las llamas del infierno, antes de ponerme contra Pickering. Estoy aplastado, pero no soy traidor a un hombre que ha sido mi amigo. La voz del capitán se elevó amenazadora.—Y váyase de aquí, Carlos Finnegan, de este parque donde nosotros, los ladrones, los vagabundos y los borrachos somos mejores que usted; y guárdese su inmundo dinero.

Finnegan se alejó por otro sendero. El capitán volvió a su asiento.

—No pude evitar oirte,—le dijo Murray, lentamente.—Creo que eres el tonto más grande que he conocido.

—¿Qué habrías hecho tú?

—Crucificar a Pickering,—contestó Murray.

—Oye,—dijo el capitán con voz grave,—tú y yo somos diferentes. Nueva York está dividida en dos partes: la que está pasando la calle 42 y la que está de este lado de la calle 14. Tú vienes de la primera. Cada uno procede según la educación que ha recibido en cada una de esas partes, según sus luces.

Un reloj que brillaba en una torre, sobre las arboledas, les informó que faltaba media hora para las doce. Ambos se levantaron del banco y, en silencio, se pusieron en camino, como poseídos por la misma idéa. Salieron del parque, se internaron en una callejuela lateral, y de ésta prosiguieron a Broadway. La gran avenida estaba a esa hora tan obscura y solitaria como una callejuela de Pompeya.

Doblaron hacia el norte; un policía que al pasar dirigió una mirada a esos dos individuos mal trajeados y sucios que se deslizaban casi furtivamente, apartó en seguida de su espíritu la sospecha que semejantes presencias habrían despertado en otra hora o en otro sitio. Pues por todas las calles que conducían a esa parte de la ciudad, otros individuos de parecido aspecto de miseria, convergían a un punto, un punto que no está señalado por monumento alguno, excepto por una acera desgastada y ahondada por millares de pies que aguardan la entrada al asilo nocturno...

En la calle 9, un hombre alto, de sombrero de copa descendió de un auto, y volvió la mirada hacia el oeste; pero en ese instante vió a Murray, corrió hacia él, lo tomó de un brazo, y lo llevó hasta la columna de un farol. El capitán prosiguió lentamente el camino, como un oso herido, y en la esquina se detuvo, gruñendo.

—¡Qué suerte! — exclamó el del sombrero de copa. — Mañana mismo iba a iniciar averiguaciones para dar con usted. El viejo ha capitulado. Felicítese. Venga mañana a mi oficina, donde le daré el dinero que necesite. A este respecto he recibido las órdenes más liberales.

—¿Y aquel asuntito matrimonial?—preguntó Murray volviendo a un lado la cabeza.

—Bien... eso... su tío comprende.. espera... que el compromiso entre usted y la señorita Vanderhurst será...

—¡Buenas noches! — dijo Murray, retirándose.

—¡Un momento! ¡No sea insensato!—exclamó el otro tomándole de un brazo.—Usted perderá dos millones insistiendo en...

—¿El viejo vió alguna vez la cara de la muchacha?—preguntó Murray solemnemente.

—¡Pero oiga la razón! La señorita Vanderhurst es una rica heredera y...

—¿La conoce usted?

—Confieso que su cara no es...

—¡Buenas noches! — repitió Murray.—Mi amigo me está esperando. Le autorizo a decir de mi parte que no hay nada que hacer. Buenas noches.

Una fila de hombres esperando se extendía desde una puerta de la calle 10 hasta Broadway. El capitán y Murray se agregaron a ella.

—Tiene por lo menos veinte pies más que anoche,—murmuró Murray midiendo con la mirada la hilera de infelices.

—Media hora antes de que consigamos entrar,—comentó el capitán.

Los relojes de la ciudad comenzaron a tocar las doce; la fila de hambrientos y vencidos avanzaba lentamente, arrastrando sus centenares de pies, con la ondulación de una gigantesca serpiente. Eran los últimos los que habían vivido según sus luces.

¡WELLCOME!

Tarde azul; mar sereno
de transparencias glaucas;
jubilantes las ondas
y propicias las auras.

Ofrendas de zafiros
bajo el cielo sin máculas;
en las arenas, oro
y en las espumas, plata.

Huyen las horas grises
de brumosa nostalgia,
y ciñe su diadema
nupcial la Vía Láctea.

Ya en la rada adivino
tu regio yacht de gala
porque en su mástil flota
la insignia de tu Gracia.

¿Oyes? En la rompiente
de crestas irisadas
la plenamar pródiga
sus augurales salvas.

A rendirte, señora,
sus homenajes, zarpa,
del pensamiento mío,
la nave capitana.

Con tal ímpetu boga
que, de amainar las ráfagas,
para inflar su velamen
mis suspiros bastarán.

Cien tritones la impelen
sobre las ondas plácidas;
guía sus derroteros
un astro: la Esperanza.

Gallardetes de lotos
empavesan las jarcias;
dos delfines la escoltan:
el Ensueño y el Ansia.

Síguenla mis anhelos
por la estela violácea,
como albatros que agitan
el blasón de sus alas.

Ya tus áncoras huellan
el tapiz de las algas
y corean las brisas
hurras, himnos y dianas.

¿Recuerdas? Tú partiste,
¡y era la aurora pálida!
Hoy que a mi lado llegas,
la noche en sol se inflama.

Beso que al labio vuelve,
luz que torna a la llama,
es para mí tu sombra,
es tu amor para mi alma.

Huyeron ya las horas
grises de la nostalgia.
Mi corazón te espera
genuflexo en la playa.

Las maravillas del radio

Cuando en 1901 Marconi, frescos sus laureles, pretendió acometer la magna empresa de llegar a cruzar el Atlántico por medio de las ondas hertzianas, todo el mundo se burló de él, alegando la imposibilidad del empeño merced a la esferoicidad de la tierra. Hace poco, un aficionado, de los infinitos que existen en Estados Unidos, trasmitió desde Hartford (Connecticut) un mensaje a la isla de Hawai, siendo contestado a los cuatro minutos, lo que representa una buena velocidad en la onda, pues en tan corto espacio de tiempo recorrió la respetable distancia de diez mil millas, sin el menor contratiempo y a pesar de la redondez del planeta.

La vida de los ciegos

El sentido contra obstáculos

Hace algún tiempo que leímos en una obra extranjera referente a la psicología de los faltos de vista, algo acerca del sentido contra obstáculos: el autor le hacía consistir en una especial percepción de las impresiones recibidas.

Sentimos discrepar de las opiniones de ese sabio psicólogo, pues, en concepto nuestro, el verdadero sentido contra obstáculos en los ciegos, es el oído, y no por una especial percepción de las sensaciones recibidas, sino por la finura del dicho sentido para apreciar la sensaciones que más convienen al caso.

A los ciegos que caminan solos, les guía, ante todo y sobre todo, el oído. Por él conocen el punto exacto del camino en que se hallan, y por él se dan cuenta de los obstáculos que se les presentan. El mismo ruido de las pisadas del ciego o de cualquier transeunte, persona o animal, les indica la proximidad de una pared, de un coche o de otro cualquier objeto de regulares dimensiones.

El ciego debe caminar separado de las paredes a una distancia tal, que oiga en ellas la resonancia de sus propias pisadas. Cuando se desvía demasiado y no puede percibir esa resonancia, se desorienta fácilmente. Por eso, las calles muy anchas y las grandes plazas son difíciles de cruzar para él, pues le falta la orientación de la resonancia de sus pasos; a menos que una vía, un carrero de piedras o algún otro guía que pueda apreciar con el tacto de los pies, le sirva de orientador.

Por experiencia, saben los ciegos, que no les conviene caminar muy cerca de las paredes, porque la alineación de las calles no es perfecta, y, por otra parte, los escaparates y demás menesteres que el comercio y la industria ponen a la vista del público, dificultan la marcha del falto de vista; esto, sin contar con que hay no pocas contraventanas que abren hacia la calle, con las que puede él abrirse también la frente. La distancia a que el ciego debe caminar separado de las paredes, depende de la mayor o menor sensibilidad de su oído; pero sin que esto suponga pretender fijarla, puede calcularse de dos a tres metros. El oído puede, sin duda, apreciar la resonancia de las pisadas a una distancia mucho mayor; pero es conveniente no separarse mucho más de las paredes, a fin de que no se intercale entre éstas y el ciego un gran número de transeuntes que le impidan escuchar la resonancia de sus pasos. Como ejemplo, diremos que muchos ciegos no pueden tomar decididamente las entradas de la calle del Torreiro ni la del Perete en las horas que dura el paseo en la calle Real, a causa de la mucha gente que se intercala a veces entre ellos y la entrada de dichas calles. Lo mismo sucede con las entradas de los comercios.

En definitiva, es preciso que el ciego evite la mucha y constante aglomeración de personas entre él y la pared donde vaya oyendo la resonancia de sus pasos

Luciano CAÑO (ciego).

Coruña.



Cómo las músicas de ''pacotilla'' hicieron de un posible virtuoso, un vulgar ejecutante de música popular, de esos que tanto abundan.

¡COMPARE!

Y

No tire más su dinero Comprando, Música Suelta....



''La Mejor Música del Mundo'' guió en su carrera a esta mediocre pianista, convirtiéndola con el tiempo en una eximia concertista.

SIRVALE ESTA DEMOSTRACIÓN GRÁFICA DE ADVERTENCIA. PIENSE EN EL DINERO QUE HA MALGASTADO Y EL TIEMPO LASTIMOSO QUE HA PERDIDO.

"La MEJOR MUSICA del MUNDO"

Famosa Biblioteca Musical para Piano

LE BRINDA EN SUS PÁGINAS LAS JOYAS MÁS PRECIADAS DEL DIVINO ARTE

A UN COSTO **5 VECES MENOR**

DEL QUE A USTED LE RESULTARÍA PARA ADQUIRIR UN REPERTORIO TAN EXTENSO Y COMPLETO COMO EL CONTENIDO EN ESTA MAGNA OBRA.

LOS CLÁSICOS, LA ESCUELA ROMÁNTICA y MODERNA, PIEZAS DE SALÓN, DE CONCIERTO, BAILABLES, CLÁSICAS, ARIAS MÁS FAMOSAS DE LAS ÓPERAS, LAS CANCIONES DE TODAS LAS NACIONES, incluso 2 TOMOS VOCALES para CANTO Y PIANO.

Más de 3.000 páginas de música

Todos los Países, Escuelas y Tendencias

SE HALLAN DIGNAMENTE REPRESENTADOS

Su contenido se halla prolijamente clasificado por ÍNDICE DE COMPOSITORES — ÍNDICE POR SELECCIONES — ÍNDICE DE PRONUNCIACIÓN — ÍNDICE GRADUADO (o por grado de dificultad de ejecución, desde las fáciles hasta las más difíciles.)

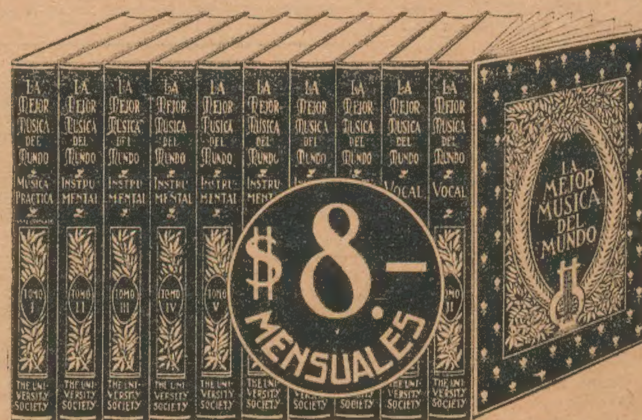
Perfecta Digitación. Uso exacto de pedales.

TODA LA OBRA SE HALLA HERMOSAMENTE ILUSTRADA CON MOTIVOS MUSICALES, EN ''ROTOGRAVURE''.

¡Todavia está a tiempo!

No se arrepentirá nunca si se suscribe a esta magna obra, pues excluyendo los beneficios artísticos que recibirá, su adquisición no representa para usted NINGUN GASTO EXTRAORDINARIO, pues sólo le indicamos que los centavos que diariamente malgasta en adquirir MÚSICA SUELTA, los destine al pago de la pequeña cuota mensual de ''La Mejor Música del Mundo'', y aún le quedará un apreciable saldo en su beneficio todos los meses.

A SU SOLA FIRMA, SIN FIADOR

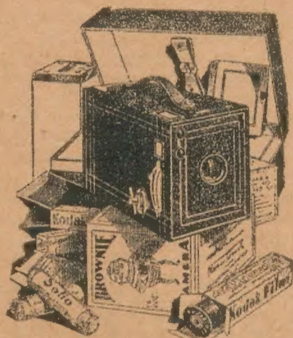


10 TOMOS QUE FORMAN LA ENCICLOPEDIA DEL ARTE MÁS EXTENSA Y COMPLETA QUE SE CONOCE.

Por la calidad de los materiales empleados en su fabricación, esta Colección será un adorno aún en el salón de mejor gusto. El papel, la encuadernación y todos los demás implementos son de lo más fino que se produce.

¡OBSEQUIO GRATIS A TODO SUSCRIPTOR!

DURANTE ESTE MES—CONSISTENTE EN UN EQUIPO FOTOGRÁFICO KODAK BROWNIE N.° 0, con todos sus accesorios e implementos, listo para retratar, revelar y fijar, compuesto de:



Corte y remita este Cupón

Pedido directo al **THE UNIVERSITY SOCIETY INC.** Rivadavia, 850 Buenos Aires

Adjunto con este cupón la suma de $ 8.— para que me remitan ''La Mejor Música del Mundo'', compuesta de 10 tomos, conjuntamente con el obsequio que ofrecen. Me comprometo a abonar el saldo restante en 25 mensualidades de $ 8.— c|u. La primera de las cuales haré efectiva 30 días después de recibida la mercadería.

Firma.............................. *Profesión*..................

Nombre............................ *Apellido*...................

Dirección ....

....

- 1 Cámara Fotográfica
- 1 Rollo Películas Kodak
- 1 Lámpara Kodak
- 2 Cubetas bull's Eye
- 1 Tubo Revelador
- 1 Paquete 1/4 libra Fijador
- 1 Prensa Eastman
- 1 Paquete (2 docenas) papel Solio
- 1 Tubo Fijador Solio
- 1 Estuche
- 2 Libros Instrucciones.

LA MORAL DE DON PEPE

CONSEJITO



La mujer.—Héctor, mucho cuidado. Siempre que te equivocas de paraguas te llevas uno peor que el tuyo. A ver si esta noche te fijas bien.

Quien llegaba a conocer a don Pepe Salazar, a tratarle muy de cerca, de seguro que no se olvidaba de él. Bajo, regordete, algo calvo, sus cincuenta años le daban un aspecto patriarcal, además y como para que infundiera temor, la fatalidad injusta habíale quitado el ojo izquierdo. La voz de don Pepe era fuerte, cavernosa y cuando articulaba alguna frase para afirmar sus convicciones, parecía que estaba dando instrucción a algún regimiento y eso que jamás había empuñado una espada, pues su existencia tormentosa, llena de inquietudes e incidencias con su mujer, fué la del empleado subalterno, sin entusiasmos ni preparación.

En la época que conocí a Salazar vivía en Palermo con tres de sus hijos, dos excelentes muchachos sumisos y corteses, empleados en dependencias comerciales y una mujer, María Inés, de diez y nueve años. La esposa de don Pepe que siempre fué una mártir de sus caprichos, de sus celos infundados, un buen día cansada de soportar los improperios de su esposo, abandonó el hogar y se marchó a casa de su madre anciana. Cuando retornó en demanda de perdón, después que suponía pasada la borrasca, Salazar como siempre irascible la echó a la calle cual una cosa cualquiera y sin valor. Desde ese día aquel nido de frialdades, sin ámor ni confianza, quedó destruído para siempre; la falta de la madre, la que debe velar por sus hijos abrió un abismo profundo en aquellas almas recién desplegadas a la vida.

Salazar no quería saber nada de su mujer, y allí en su hogar cuando regresaba de su trabajo humillaba a sus hijos, exponiéndoles la mala conducta de su madre, inventando además cosas inverosímiles que ponían en ridículo a la infeliz mujer.

Don Pepe era digno de observación; cuando se le presentaba alguna persona que ignoraba sus condiciones predominantes, la hiel que vertía a diario con el inquilino, con el pobre almacenero, con todo el que lo trataba, entonces ocultaba su garra, haciase el simpático, el humilde, como si su alma fuera hecha de ternura y piedades. Lo primero que ponía como baluarte era su moral. ¿A quién no expresaba su elevación de espíritu, su serenidad franciscana? ¿A quién no hablaba de su hombradía, de su altivez, de su altruísmo? Cuando trataba de revelarse en las condiciones expuestas, una sonrisa sutil y enigmática dibujábase en su rostro.

Nadie como él,—repetía,—habíase concertado hacer de su vida un culto al amor y a la fe; de este modo se forjaba la ilusión de que su interlocutor lo aplaudía, lo admiraba, creyéndolo un ser espiritual y selecto.

Aún cuando sus hijos estaban bajo su dominio y aceptaban su mandato, espiritualmente no le pertenecían; si bien los varones no contradecían sus opiniones, María Inés, en cambio era reacia a los quehaceres domésticos, rebelde a sus mandatos y dada a una extremada vanidad y coquetería. Cuando él se iba a la oficina, aquélla dábase a la calle, faltando de la casa algunas horas, y cuando él retornaba, justificaba humildemente su salida, con falsas palabras que la sacaban del trance, y el pobre Salazar, convencido, afirmaba que su hija no podría jamás engañarle porque había recibido el ejemplo de su "moral".

María Inés era un espíritu inquieto; su corazón enamorado no se detenía jamás a abrigar en su fondo una pasión intensa; si diez pretendientes se ofrecían en su camino, a los diez los aceptaba, momentáneamente, ligeramente, luego los dejaba pasar, para dar cabida a una nueva pasioncilla. Sin embargo, en medio de aquella corte de admiradores, sentíase atraída por Carlos Gutiérrez, un vecino a quien rara vez se insinuaba pero que en su fondo guardóla hacia ella una gran simpatía.

Un buen día Salazar trató de alquilar la sala de su casa; los gastos apremiantes que demandaban sus hijos, luego la pensión que pasaba a su mujer, todo eso había traído un grave trastorno a su presupuesto.

Una señora de Zapiola, viuda de un gran político que todo había perdido por su ideal, acompañada de dos hijas, se ubicó en la amplia salita bañada de luz, donde un canario saltarín y alegre, en las mañanas volcaba el tesoro de sus armonías.

Los primeros tiempos, don Pepe se mostró correcto, suave, cortés, que en nada podía dudar la señora de Zapiola de aquel ser reacio y tosco que estaba esgrimiendo con todo arte la simulación. En las noches de luna, propicias para el ruego, Salazar cantaba en el patio, y los acordes de su vieja guitarra huían por el espacio llenándolo de dulces armonías. Con su inquilina gastaba múltiples atenciones, que a veces los hijos encontraban extrañas. ¿Qué fin lo llevaba a don Pepe, para mostrarse así tan cortés con la viuda, mujer bien parecida, de ojos rasgados y profundos, que los cuarenta años recién empezaban a dejar sus pequeñas huellas sobre su tez ambarina?

La señora de Zapiola era una excelente mujer, jamás su honor se había manchado; educada y correcta era el ejemplo de sus dos hijas, que imitaban a aquélla, trayendo la dulzura y alegría al hogar. Sólo visitaba a la señora de Zapiola, quien era muy retraída, un primo de su esposo, Marcelo Herbón, hombre serio y trabajador, quien en ciertos momentos difíciles para la viuda, supo aliviar su situación con su esfuerzo.

Desde que don Pepe empezó a notar las visitas frecuentes de Herbón y su familiaridad espontánea para con la familia de Zapiola, empezó a encontrarse molesto. Posiblemente mil conjeturas se forjaría su pensamiento, o quizá sus esperanzas, sus anhelos de conquista se resentirían.

Lo primero que hizo una mañana fué llamar a la señora de Zapiola, manifestándole que no hallaba bien que aquel hombre que intitulaba primo de su esposo, las visitara. Sin escuchar las frases de la señora, espuso su "moral", olvidando por cierto la conducta ligera de su hija, la vida que llevaba su mujer abandonada; él se había forjado su mundo para sí, donde se creía un profeta, un moralista en extremo, cuando sólo había hecho de ésta un nombre.

Indudablemente, la tempestad tenía que imponerse. Sucedió que una tarde don Pepe le dijo a la señora que abandonara su casa, que su hija todo un "ángel" no podía estar en contacto con ellas que no llevaban una buena moral.

El día que la señora de Zapiola se alejó de aquel lugar donde un hombre irascible y hosco ocultaba en su alma la perversidad, el egoísmo, la simulación, ese día en que iba a marcharse la viuda llevando recuerdos horribles de aquella casa desorganizada y fría, donde faltaba el calor materno para esos retoños sin idealidad que se levantaban trémulos ante la mirada dura de su protector, ese día, Herbón le dijo a don Pepe. Es usted de los muchos hombres que vemos a diario en el café, en la oficina, en la calle; muertos que caminan sin una idealidad, sin una brújula; es usted el verdadero simulador que, haciendo gala de una falsa moral, tiene la convicción que engaña y que muestra un alma perfecta.

Don Pepe escuchaba atónito a Marcelo Herbón, sus ojos estaban nublados por las lágrimas; en el fondo de su pensamiento se levantaba el recuerdo de su mujer, la vida dulce de los primeros años de matrimonio; cada frase de Herbón era como una gota de plomo que caía en el cristal de su alma.

Después de un pesado silencio, antes de que Marcelo se alejara, él le dijo.

—Perdóneme, se había desencadenado en mi ser una pasión irresistible hacia esa mujer que usted proteje; impotente para revelársela, amargado por mi vida de sombras, he pensado sólo en alejarlos... También en esto el falso moralista, mentía. Su vida era una mezcla de bajezas, de odios y simulaciones; era el verdadero hombre común, el Yago moderno que a diario nos oprime la mano y nos hiere el corazón!

Félix R. Visillac

LA CAUSA



—..Es verdad que tu marido va a pedir el divorcio?
—Sí, mamá. Y dice que tú tienes la culpa.
—¡Qué oigo! ¿Se ha enamorado de mí?

LAS MUJERES DE LA LITERATURA.— Caperucita Roja (de Perrault)

Pero ¿también una niña?... ¿Y por qué no? Son las niñas capullos de mujer—esto creo que ya lo ha dicho alguien—y no tiene la flor un solo pétalo ni un solo sépalo, un solo estambre ni un solo pistilo, y, con ellos, ningún color y ningún aroma que el capullo no tenga. Además, Caperucita Roja personifica la característica que mejor determina al sexo débil: esa consciente imprudencia que pierde a la mujer. Puede, por tanto, y no sólo puede, sino basta debe, presentarse en un museo de caracteres femeninos junto a las figuras de las mujeres más mujeres, su infantil figura.

Cierto que Caperucita Roja llega al mundo literario dentro de una colección de cuentos para niños. Pero escribió estos cuentos Carlos Perrault, un señor sabio, que era académico y todo, y se los dedicó a toda una señora princesa, aquella "Mademoiselle", hija del duque de Orleans, hermano de Luis XIV, alta como un álamo y gorda como un tonel. Y las moralejas de los cuentos de Perrault mejor se aplican a los grandes que a los chicos.

Sobre todo la del relato de la desgracia ocurrida a Caperucita Roja. Dice así: "Se ve por este cuento que las niñas, principalmente las que tienen bonito el rostro y gentil el talle, hacen mal en dar oídos a todo el mundo, pues su imprudencia puede costarles cara. Un lobo se comió a Caperucita. Y bueno será que se tenga en cuenta que no todos los lobos son iguales. Los hay que, corteses y agradables, siguen y enamoran a las jóvenes en las casas y en los paseos. Estos lobos son ¡ay! los de más peligro." Pero estos lobos sólo son ¡ay! de peligro para las niñas ya mayores.

Como ejemplo, pues, para escarmentar a mujeres hechas y derechas expuso Perrault la desdicha de Caperucita Roja, y yo no hago sino secundar al creador de esta figura infantil exponiéndola con las figuras de las mujeres más mujeres. Aunque, eso sí, no expongo a Caperucita Roja en calidad de ejemplo escarmentador, porque creo que precisamente esta niña encarna la consciente imprudencia femenina, ocasión de tantos estragos en el sexo débil.

Ya lo dije; pero lo repito y lo volveré a repetir, convencido de que no sobra la repetición. En ello está el rasgo principal, más que principal, único, del carácter que estudio. Señalándolo, conviene insistir una y otra y otra vez. "Digo las cosas cien veces—explicaba "el Angel de las Escuelas"—para que se entiendan una", y el referido ángel, aunque sus condiscípulos en la cátedra de Alberto Magno le llamaban "el buey grande y mudo", tenía bastante talento. Pero dejemos a Santo Tomás de Aquino, que aquí no—¡a tu salud, Muñoz Seca!—pinta nada, y vamos de nuevo con Caperucita Roja, que pinta aquí algo muy importante: esa consciente imprudencia que pierde a la mujer.

¿Lo habías oído?... ¿Y tres veces nada menos?... En efecto. Tres veces lo dije, sí. Bien, bien. Pues dicho ya por triplicado y teniendo la confirmación de que atendisteis, puede pasarse a demostrar lo dicho. Caperucita Roja, cuando salió de su casa para ir a la de su abuela, sabía perfectamente que no se debe cruzar el bosque, porque en el bosque está el lobo y que del lobo es necesario huir porque el lobo se come a las niñas que alcanza.

Su buena mamá se lo había advertido momentos antes, al ponerla el gorrito encarnado, que por sentarla tan bien la daba nombre. Con el encargo de llevar a la abuela la torta recién cocida y la orcita de manteca recibió de su madre la niña dos encargos más: "¡No pases por el bosque, Caperucita!" "¡Caperucita, huye si ves al lobo!" Y, sin embargo, Caperucita Roja fué al bosque, y cuando allí se encontró con el lobo hizo alto al objeto de charlar un ratillo con él.

Para explicarse esto, que, comentándolo, unos sabios achacan a desobediencia y otros no menos sabios a incredulidad, y que no es ninguna de las dos cosas, porque los sabios comentaristas se equivocan siempre, sólo hay que considerar algo sencillísimo. Simplemente, que los lobos se han hecho para comerse la carne fresca, y la carne fresca para que se la coman los lobos. Por eso, nada más que por eso, fué al bosque Caperucita Roja, dando un rodeo en su camino, y, al encontrarse con maese Lobo, entró en conversación y le explicó cuanto el verdugo necesitaba saber para hacerla su víctima cómoda e impunemente.

Así, Caperucita Roja, ya prevenida del peligro, creyendo cuanto la dijo su madre, y sin ánimo de faltar a la obediencia filial emprendió su ruta por la carretera. Pero... ¡el destino! El destino, sí; esa todopoderosa deidad antigua que en lo moderno no ha perdido su omnímodo poder, la impulsó hacia la boca del lobo, sugiriéndola una serie de consideraciones bastante convincentes. El lobo no estará constantemente en el bosque, porque alguna vez saldrá a hacer visitas... Siendo tan grande el bosque, fuera mucha casualidad que nos encontrásemos el lobo y yo... Además, el lobo no siempre tendrá apetito, y a lo mejor, cuando me lo encuentre, acaba de almorzar... Y, en último caso, si el lobo quiere comerme se arregla todo con que yo me coma al lobo antes...

La marcha por la carretera es monótona y aburrida, y, en cambio caminar por los senderos del bosque es variado y divertidísimo. Junto a la recta soleada, estéril y polvorienta de la carretera que Caperucita Roja iba siguiendo se ofrecían ondulantes los senderos del bosque bajo la sombra de robles y encinas, orlados de florecillas silvestres y cubiertos de un suave tapiz de musgo. Por uno de esos atrayentes senderos se internó revoloteando una mariposa blanca como la ilusión. Y tras de ella entró Caperucita Roja en el bosque, donde sabía que estaba el lobo comedor de niñas tiernas y bonitas.

El lobo no había salido de visiteo; atraído por el olor de la carne fresca acudió en seguida; tenía el apetito feroz que siempre tiene, aunque acabe de almorzar, y claro está que no dejó que se le comiese la niña, sino que, por el contrario, con suaves modos y dulces palabras la hizo caer entre sus dientes. Nada más. No ocurrió otra cosa y como en calidad de comentario no hay que añadir ni una palabra, nada queda por decir. Nada, nada y nada. ¡Absolutamente nada!

¿Esperábais acaso, lectoras, algunas censuras contra maese Lobo?... ¿Tal vez, lectoras, creíais que iba a lamentar el fin de Caperucita Roja?... Pues esperábais en vano y creíais equivocadamente. Consta ya mi opinión sobre la omnipotencia del destino, que impulsó a Caperucita Roja hacia la boca del lobo, en cumplimiento de la ley natural, que ha hecho los lobos para comerse la carne fresca, y la carne fresca para que los lobos se la coman. Pero conste también que si no reconociese esa ley, y que si no opinase que aún conserva toda su divina influencia el antiguo dios de la fatalidad, tampoco censuraría al lobo en este caso. ¡La culpa de todo la tuvo Caperucita Roja, que fué a buscarle, consciente del peligro a que su imprudencia la exponía.

Sí y sí. Yo, en el sangriento pleito de los lobos y las niñas tiernas y bonitas, estoy de parte de los lobos. Cuestión de compañerismo, lectoras.

Luis de **OTEYZA.**

"EL ARCÓN"

por Gabriel D'ANNUNZIO

En cuanto Lucas oyó el ruido de las muletas, abrió cuanto pudo los ojos, turbios y ardientes, y los dirigió hacia la puerta, bajo cuyo dintel iba a presentarse su hermano. Su semblante, demacrado por el sufrimiento y devorado por la fiebre, tomó de repente cierto aspecto de dureza y casi de furor. El enfermo cogió convulsivamente las manos de su madre y gritó con voz ronca y sobrealterada:

—¡Echale, échale! No quiero verle. ¿Lo oyes? No quiero verlo... ¡Nunca!... ¡Nunca!...

Se le atropellaban las palabras en la garganta. Medio ahogado por un acceso de tos, estrechó nerviosamente las manos de su madre. Los agitados movimientos de su pecho movían la camisa, que se abría y cerraba a cada esfuerzo del enfermo.

Su madre trató de calmarle.

—¡No temas, hijo mío, no le verás! Se hará lo que tú quieras. Le echaré, le echaré. Esta casa es tuya, toda tuya...

Lucas, tosiendo cerca del rostro de su madre, siguió:

—¡Ahora, en seguida!... —repitió con insistencia feroz, incorporándose en el lecho y empujando a su madre hacia la puerta.

—Sí, hijo mío; ahora, ahora mismo...

Daniel apareció en el umbral, apoyándose en las muletas.

Era un pobre ser de cabezota vacilante. Sus cabellos eran blancos de puro rubios, y sus ojos azules, bajo largas y claras pestañas, eran de dulce mirar, como los de un cordero.

Entró sin decir nada; un ataque de parálisis le había privado del uso de la palabra. Al advertir clavados en él con feroz energía los ojos del enfermo, se detuvo en medio de la sala, apoyado en sus muletas, sin atreverse a dar un paso. Notábase cierto ligero temblor en su pierna derecha, encogida y desfigurada.

Lucas dijo a su madre:

—¿Qué viene a hacer aquí ese lisiado? ¡Echale! ¿Lo oyes? ¡Quiero que le eches en seguida!

Daniel miró a su madrastra, que ya se levantaba, y la miró con ojos tan suplicantes, que la mujer no tuvo valor para echarle violentamente. Entonces el lisiado, sosteniendo bajo el brazo una de las muletas, hizo con la mano que le quedaba libre un ademán de desesperación y dirigió una mirada voraz hacia el arcón, colocado en un ángulo de la sala. Aquella mirada quería decir:

—Tengo hambre.

—¡No, no! No le des nada—gritó Lucas agitándose en el lecho.—Nada... ¡Echale! ¡Echale!

Daniel inclinó la enorme cabeza sobre el pecho, y temblaba con los ojos llenos de lágrimas. Cuando su madrastra, poniéndole la mano al hombro, le empujó hacia la puerta, el pobre muchacho prorrumpió en sollozos, pero se dejó conducir sin resistencia.

Oyó que se cerraba la puerta detrás de él, y se quedó en el umbral sollozando. Sus sollozos eran violentos y continuos.

Lucas dijo a su madre, con expresión de furor:

—¿Lo oyes? Lo hace a propósito para que yo me ponga peor.

El sollozo se prolongaba, entrecortado de tiempo en tiempo por un gruñido extraño, triste como el resuello de una bestia de carga que va a morir.

—¡Pero no lo oyes!... ¡Pronto... arrójale! Que se vaya a la calle.

La mujer se puso en pie de un salto, corrió a la puerta y levantó sobre el mudo sus manos rudas, habituadas a pegar y a maltratar.

Lucas, incorporado sobre los codos, repetía:

—¡Y sigue!... ¡Sigue!...

Bajo los golpes, Daniel se calló y bajó a la calle conteniendo sus lágrimas...

Estaba hambriento. Dos días hacía que casi no probaba bocado. Apenas tenía fuerzas para arrastrar sus muletas.

Pasó un grupo de pilluelos; iban corriendo detrás de un cometa, que se elevaba cabeceando.

Unos tropezaban con él.

—Eh... eh..., el cojo...

Otros se burlaban.

—Vamos, ¡echa una carrera!...

Otro, aun más cruel que sus compañeros, le derribó una muleta y echó a correr. El mudo estuvo a punto de caer; después la recogió con mucho trabajo y siguió andando. Los gritos y las risas de los pilletes se perdieron del lado del río. El cometa, semejante a un pájaro de país fabuloso, subía en una atmósfera suave y rosada. En el malecón, grupos de soldados cantaban a coro. Era en primavera, después de la Pascua.

Daniel sentía que el hambre le roía las entrañas, y pensó:

—Pediré limosna.

El horno de una panadería impregnaba el aire de un agradable olor a pan reciente. Un hombre, vestido de blanco y llevando a la cabeza una larga tabla, en la cual estaban colocados multitud de panes dorados y humeantes todavía, pasó por delante del impedido. Seguían al hombre de los panes dos perros husmeando y moviendo la cola.

Daniel creyó que iba a desfallecer de inanición, y seguía pensando:

—Es menester que pida limosna; sino, me voy a morir de hambre.

El crepúsculo avanzaba lentamente. El cielo, diáfano, estaba como sembrado de cometas, que se balanceaban al descender a tierra. Las campanas esparcían por la atmósfera un zumbido profundo y continuo.

Daniel se dijo:

—Voy a ponerme a la puerta de la iglesia.

Y se arrastró hacia el templo.

Estaba abierto.

En lo más hondo, el altar, alumbrado por lucecillas temblorosas, parecía una constelación. La puerta daba paso al débil perfume de incienso y del benjuí. De cuando en cuando, el órgano lanzaba como un haz de sonidos.

—¡Señor, Dios mío, ven en mi ayuda!

El órgano lanzó un acorde que hizo vibrar las pilastras como si hubieran sido instrumentos músicos. Luego dejó oir un torrente de notas claras y alegres. En aquel momento se elevó la voz de los cantores. Los devotos y las devotas entraban de dos en dos y de tres en tres por la puerta única de la iglesia. Daniel no se atrevía aún a tender la mano.

Cerca de él un mendigo empezó a gimotear:

—¡Una limosna, por amor de Dios!

El mudo se sintió avergonzado.

Vió a su madrastra entrar en el templo bien arrebujada en un manto negro, y pensó:

—¡Si fuese a casa ahora que mi madrastra está fuera!...

El tormento que el hambre le producía era tan imperioso, que el mudo no esperó más; más que andaba, volaba sobre sus muletas en persecución del pan. Al pasar una mujer le gritó, diciendo:

—¡Calla! ¿Vas a ganar el premio? ¡Vaya con el cojitranco!...

En un abrir y cerrar los ojos llegó a su casa, sofocado, palpitante. Subió la escalera sin hacer ruido, con extraordinarias precauciones. A tientas buscó la llave en un agujero de la pared, en el cual acostumbraba a dejarla la madrastra cuando salía. La encontró, y antes de abrir miró por el agujero de la cerradura.

Lucas, en su cama, parecía dormido.

Daniel pensó:

—¡Si pudiese coger el pan sin despertarle!

Dió vuelta a la llave suavemente, conteniendo la respiración, temiendo despertar a su hermano con los latidos de su corazón. Estos latidos le parecía que llenaban la casa de un estrépito ensordecedor.

—¿Y si despierta?—pensó Daniel, sintiendo que un estremecimiento le recorría la médula, al ver que se abría la puerta.

El hambre le daba audacia. Entró, apoyando con precaución las muletas, sin apartar los ojos de su hermano.

—¿Y si despierta?

El enfermo, echado boca arriba, respiraba penosamente. De cuando en cuando se escapaba de sus labios un ligero silbido. Una sola bujía, colocada en la mesa, proyectaba sobre los muros grandes sombras movibles.

Ya cerca del arcón, Daniel, para vencer su miedo, se detuvo y miró al durmiente; luego, sujetando sus dos muletas bajo los brazos, se esforzó para levantar la tapa: el arca produjo un ruido seco.

Lucas se estremeció y abrió los ojos. Vió lo que hacía su hermano, y empezó a gritar, agitando los brazos como un loco:

—¡Ladrón, ladrón! ¡Socorro!...

El furor le ahogaba, y mientras su hermano, inclinado sobre el arcón, cegado por el hambre, buscaba con manos temblorosas un mendrugo de pan, el enfermo saltó del lecho y se precipitó sobre el lisiado para impedir que cogiese nada.

—Ladrón, ladrón!—gritaba furiosamente.

Después, en el paroxismo de su furia, dejó caer la pesada tapa sobre el cuello de Daniel, que se agitó desesperadamente, semejante a una bestia cogida en el lazo.

Pero Lucas no cedía; había perdido la conciencia de lo que estaba haciendo, y apretaba la tapa con todo el peso de su cuerpo para decapitar a su hermano.

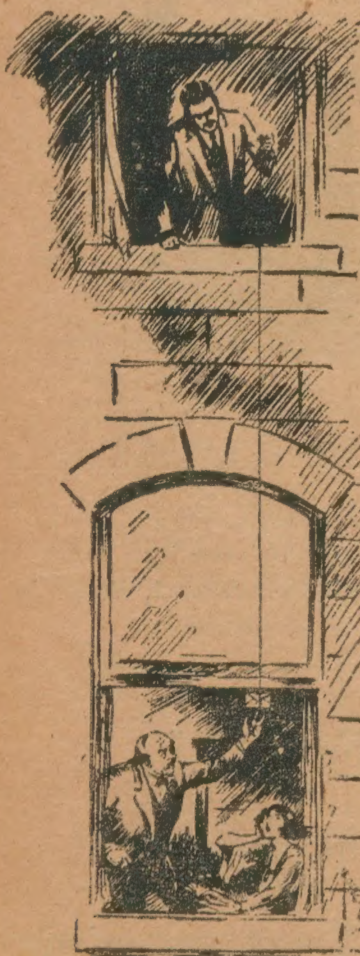
La cubierta del arcón crujía, penetraba en la carne viva de la nuca, estrujaba las venas del cuello y destrozaba los nervios y tendones... Al cabo, un cuerpo inerte pendió del arcón, un cuerpo que no daba signo alguno de vida.

Entonces, a la vista del mudo asesinado, invadió el alma del fratricida una espantosa locura.

Dos o tres veces, vacilante, atravesó la habitación, que llenaban de terror los resplandores de la bujía; agarró luego las mantas de la cama, se envolvió en ellas de pies a cabeza, y después se arrojó en el lecho.

En el silencio rechinaban sus dientes como la lima sobre el hierro.

CAMBIO DE DESTINO



El porvenir depende de un hilo.

EN BUSCA DE LA BELLEZA

La mujer de todos los continentes ha ido siempre en pos de la belleza. Los métodos más variados, los sistemas más ridículos se pregonan para ese fin y son ensayados con los peores resultados para la piel.

Ahora, sólo es necesario lavar el cutis, una o más veces al día, con la famosa horchata de amydalosa (que se obtiene vertiendo una cucharadita de amydalosa en polvo en media palangana de agua) para aclarar, suavizar, purificar y perfumar el cutis, dándole la hermosura y transparencia de la perla. Este acreditado producto se puede adquirir en toda farmacia.

¿HACIA EL CAMPEONATO DEL GOBIERNO IMPERSONALISTA?



"Marcelo T. de Alvear puede volverse campeón y dejar knock-out a Hipólito en el 1.er round de la lectura del mensaje presidencial, si no persevera en el camino de las indecisiones en que se ha mantenido hasta ahora. Yo estoy convencido de ello, porque sé apreciar las condiciones que llevan a un hombre al campeonato, cuando encuentro alguno que realmente las posee."—**JOSEPH NICHOLAS DE FORREST MATIENZO.**

Dib. de Rojas.

EL CHANCHO
(FÁBULA CON COLA)

Magnífico en el sentido de cantidad y calidad era un cerdo—un vulgar chancho—que "maduraba", es decir, engordaba en el "chiquero". El patrón, aunque deseara la muerte del animal para aprovecharlo, porque lo iba a hacer asesinar sin piedad en cuanto estuviese "embonpoint", cuidaba por lo mismo de que no le faltara nada para "regalarle" la vida. Carne, pastas, granos y verduras a discreción, agua en abundancia, sombra protectora de sauces sacrificados a la voracidad y aún a los caprichos del chancho que los golpeaba y descortezaba como un entretenimiento durante sus digestiones laboriosas.

El cerdo se rellenaba a ojos vistas, se ponía "redondo" bajo la mirada codiciosa del patrón que calculaba también a "ojos" de "buen... chanchero" el número de salchichas y salchichones que se podrían "sacar" a parte las demás golosinas, de la sangre y de la carne preciosas.

El chancho gruñía de satisfacción al ver el amo: no era agradecimiento el suyo, era una afirmación de "fraternidad".

Ese hombre no le pedía nada y le daba mucho: luego era un "hermano" para él. Y el hombre sonreía satisfecho.

Tanto engordó el chancho que se le hicieron difíciles los movimientos, no obstante lo cual no se hartaba de comer, de beber y de hacer porquerías, nada extrañas tratándose de un puerco.

Si algún perro famélico se acercaba al chiquero, el chancho se incomodaba y gruñía desesperadamente, aun cuando él estuviese ahito: no quería que le tocaran la pitanza, ni que se la oliesen siquiera.

Y si algún infeliz trasponía la cerca del chiquero arremetía furioso contra el intruso: tenía bien arraigados en los "jamones" el egoísmo y el "derecho de propiedad".

Todo para él, nada para los demás.

¡Desgraciado chancho! Y bien pronto... "todo fué para los demás". Un buen día el patrón, "el hermano" lo encontró "completo", lo palmeó y palpó suavemente, casi con cariño, y... lo mandó al matadero en tren especial.

Allí fué sacrificado el pobre chancho, sin que se diera cuenta en realidad de lo que le estaba pasando... "Le pareció" al chancho que iba a "la gloria".

—

Sin que ello importe una comparación, ni siquiera una coincidencia, porque sería aventurado por no decir temerario comparar a un hombre con un chancho, "el mismo día" y me atrevo a decir "a la misma hora" falleció un millonario en Chicago—dónde—y en ésto no hay tampoco intención—nacen, crecen, se reproducen y son faenados tantos rollizos y valiosos ejemplares de la raza porcina.

El "yankee" era un hombre de números y de peso: por lo mismo era digno "de tener un número", en vez de un nombre.

Fuera de los negocios, todo lo demás era para él una tontería. "Yime is money", "Business are business" eran sus dos máximas cardinales. Así había llegado a especular en todo y a propiciar los "trusts" hasta sobre el hambre y la sed.

Engordaba a ojos vistas y su fortuna crecía hasta adquirir proporciones fabulosas.

Si hubiese podido embotellar el aire para venderlo al peso, lo hubiese hecho sin escrúpulo y si no había imaginado el trust del agua potable era porque no había probabilidades de que el negocio resultara lo bastante lucrativo como para arriesgar el capital y sus intereses.

"Máquina de hacer plata", el banquero no había tenido nunca sueños dorados, porque prefería las realidades... "de oro". Su matrimonio había sido un negocio con una rica heredera, su vida era un "negocio" en "movimiento" y hasta su muerte otro negocio en perspectiva, subordinada como estaba al pago de crecidos seguros...

El hombre más que la edad de sus arterias tenía la de sus "arterías" que eran muchas, más que sus años, pues en punto a "ideas morales" baste decir que si reprobaba la traición de Judas no era por el hecho en sí, sino por "lo de los treinta" dineros. Se la hubiese explicado perfectamente por treinta... mil.

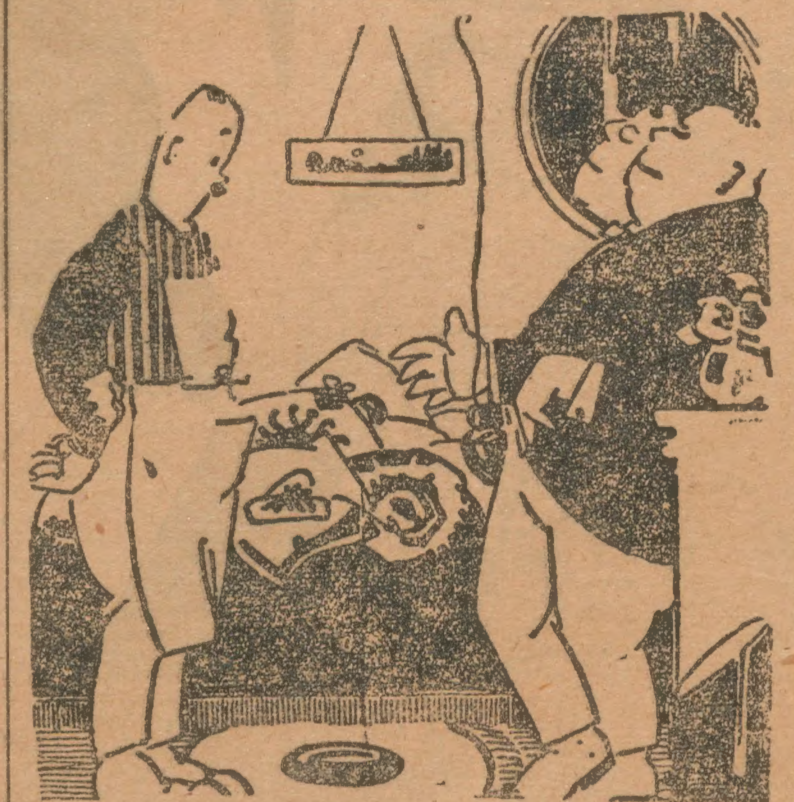
Un hombre así, "una gran" cabeza sin más corazón que el necesario, como un reloj isócrono para el mantenimiento de la vida, tenía sin embargo sus ilusiones: las de su "estómago", enorme como su egoísmo. Era un enamorado... del "menú" y aprovechaba escandalosaente la "lista", atiborrándose demasiado y poniendo en aprietos a "su amigo" que como un buen compañero le ayudaba a tragar; pero que de vez en cuando se rezagaba un poco, como pidiendo una tregua que el patrón no concedía nunca...

Tanto abusó el yankee que un mal día el estómago desesperado por el trabajo abrumador se "declaró en huelga", el intestino se "presentó" en quiebra como un banco cualquiera que "cierra sus puertas" y el corazón empezó a hacerse sentir como esos trabajadores silenciosos que "nunca piden nada", pero que son trágicos e inexorables cuando levantan la voz. "El quería" descansar.

Había llegado "la hora" y la muerte que es un "matarife" infalible encontró al banquero "embonpoint", pues el rico que no quería "dar nada y era avaro de todo lo suyo" sintió con terror que sus médicos llamaban en vano al orden a los rebeldes. Su intestino irreductible estaba más cerrado que su bolsa y que sus puños hostiles... Y no hubo remedio. Se "llevó todo" consigo... es decir nó; porque la muerte le hizo dejar los millones.

Domingo Lasso

DEL CORAZÓN



—¡Dichoso usted, Manual, que no tiene criado!

Capacidad de las grandes catedrales

La Iglesia de San Pedro, de Roma, puede contener con relativa comodidad, 60.000 fieles.

El Duomo, de Milán, 40.000.

La Iglesia de San Pablo, de Londres, 25.000.

La de Santa Sofía, de Constantinopla, 23 mil fieles.

La Catedral, de París, o templo de Nuestra Señora, tiene cabida para 21 mil personas.

La celebrada Catedral, de Pisa, puede contener 13.000 fieles.

En la maravillosa iglesia de San Marcos, de Venecia, pueden permanecer sentados 7.000 devotos.

EL ESQUILADOR DE LEONES, por Pablo OLIVIER

Mientras el perro bordeaba la orilla, el hombre bajaba brincando por el ribazo, poblado de pescadores, como suele estar siempre este bonito rincón del Sena, cerca de la esclusa de la Moueda. Abrió una silla de tijera que llevaba bajo el brazo, se sentó beatíficamente, cruzadas las piernas; sacó del zurrón un cacho de pan con mondongo, y se puso a comer con buen apetito, dando al perro no pequeña parte. Era éste un extraño animal, mezcla de tipos con algo de lebrel. Peinado a lo Capoul, con el pelo cepillado, dos tirabuzones en las orejas, algunos pelos caídos sobre la frente y el cogote a lo felino, parecía una quimera de blasón.

Se sacudía, bodoque, ante la insistencia de mi mirada; pero su dueño demostraba viva satisfacción.

—¿No es elegante mi perro?—dijo jovialmente, mientras partía con él el último bocado.—Es mi maniquí, caballero; mi aparador con patas; pasea las muestras de todos los modelos de corte, desde los clásicos hasta las novedades. Así da ideas a los clientes y pueden acomodar sus perros a las modas del día. ¿No tiene usted perro que esquilar, caballero? Vea mi tarifa de precios... Sí, sí; tome usted para sus amigos y conocidos. A veces no sabe uno a quién dirigirse.

Y mientras el esquilador recogía su bagaje eché un vistazo al prospecto impreso:

ESQUILADOR EN TODOS LOS GÉNEROS
SE CORTAN OREJAS Y APÉNDICES

	Frcos.
Baño simple con bicarbonato. . . .	1.20
Gran baño al goudron, fricción al coltar.	2.60
Esquilado ordinario.	2.—
Esquilado a lo perrucho.	3.—
Esquilado a lo perrucho cuidado, con rayas.	4.—
Esquilado león ordinario.	5.—
Esquilado león superfino, con motivos y festones.	6.—
Peinado con frismé, a la manera de griffes.	2.50

Transformaciones y maquillages.
Precios convencionales.

—¡Caramba! — dije. — Su oficio es más complicado de lo que parece. Es usted un artista a la manera de nuestros grandes peluqueros.

—Veo que el señor entiende de eso —dijo rojo de gusto. — Peluquero... Hay algo, no crea usted. Salvo que no cambiaría mi arte con el de un oficio que le pone a uno en el trance de meter los dedos en el amasijo de pelos de cualquier desconocido. Los perros, al menos, son sanos y decentes. Comprenden y no discuten, al revés de las personas, que discuten y no comprenden. ¡Es tan poca la gente de gusto y que distinga lo hermoso de lo feo! He de acomodarme al temperamento de los dueños de los perros, machos o hembras. Es cosa de gran cuidado, señor; tanto más, cuanto la gente tiene la endemoniada manía de aparentar lo que no es. Felizmente, a fuerza de tratar con las bestias, se va conociendo el mundo. Tal como me ve usted, entro en las mejores perreras de los arrabales. Tengo entrada en casa de la condesa de Noailles, cuyo "slonghi" se alimenta sólo de alas de paloma y cremas. Le arreglo las uñas y las orejas cada viernes. Tengo entrada en casa de los Dupin de la Tour de l'Angle, cuyo lulú lleva brazaletes hasta en los dedos de los pies, zapatos de marroquín cuando sale, un macfarlán con su cifra y un pañuelo bordado que asoma la punta por el bolsillo. Hay perros bien, como hay gente bien, y forman en París una respetable aristocracia. Pero en la burguesía, todo el mundo quiere el perro diferente de los demás: un perro único, como un hijo único, y hablo tanto de la calidad como del número. Y por esto quieren llevar al perro de cualquier manera, excepto a lo perro, naturalmente. Pone nervioso eso de querer embellecer la naturaleza y presentarse tal como no se es. Su manía es la de grandiosidad y solemnidad. Todos quieren que su perro, este animal tan dulce, tenga el aire de un animal feroz, o arrogante, lo cual es peor.

Por centenares se cuentan los perros que he esquilado a lo león. La verdad es que el león es el animal más familiar de los parisienses. Los escultores tienen la culpa, pues los han colocado en todas partes. No se imagina uno la de leones que hay en París. Paseándome al azar, he contado noventa y cuatro, en bronce o en mármol, en busto o de tamaño natural. Cuando dentro de un golpe de dos o tres mil años quieran los sabios saber cuál era en nuestro tiempo la bestia más común en París, no se equivocarán: dirán que el león. ¡Y pensar que no hay un perro en estátua, ni en gárgola siquiera! No obstante, ¿qué hay mejor que un perro? Los perros, caballero, son la bondad viva de la Naturaleza. Vea usted mi "Brammel". Pues es un perro abandonado; como quien dice, un pupilo de la Casa de Maternidad. Es un bastardo de gran señor, como en los folletines. Lo pesqué en un estercolero, frente al hotel de una marquesa, que le sorprendería a usted si dijera el nombre. Una perra había tenido una caída; la marquesa encargó al criado que hiciera desaparecer al fruto del deshonor, y el muchacho, en vez de ahogarlo en el Sena, se contentó con ahogarlo vivo en el perol de la basura. Lo crié con biberón, porque este animalito tiene los gustos naturales del mundo en que ha nacido. Dele usted un ala de pichón y verá cómo la despluma sin mancharse los dedos, como en la "hig-life". Cuando ve un perro distinguido, con alguna corona condal, corre tras él, feliz con la frecuentación de la gente de su clase.

A pesar de su parentesco con la nobleza, le diré a usted lo que hace; es increíble. Lo llevé un día a un salón, con el pretexto de que me sirviera de modelo; lo llevo siempre de veinticinco alfileres, para que me haga honor y me dé renombre. El salón era de un nombre de los que figuran en la Historia de Francia. Sin embargo, no puedo nombrarlo, por secreto profesional. Se trataba de trabajar a lo Cyrano, moda de aquel tiempo. Aquel perro se repantigaba como un obispo en unos cojines rosa, lleno de cintajos rojos: un "parvenu", en una palabra. "Brummel", una vez en su puesto, olió los tapices, los candelabros, todo el lujo desparramado a su alrededor. Yo veía que se encontraba en su elemento.

—Este animal—pensé yo, celoso,—es capaz de abandonarme para instalarse aquí.

La duquesa se enamoró de él incontinenti y me lo quiso comprar, por caro que fuera. El asunto era tentador, y tal vez hubiera acabado por ceder, si "Brummel" no hubiera estado al pairo. Se echa de un salto al cuello del infame perrucho de la casa, lo echa abajo de su trono, le da vueltas, y, ¡hala!..., parecía afirmar su derecho contra aquel usurpador. Luego se va a la aterrada duquesa, levanta con gran elegancia la pata y con tan buenas maneras que parecía que iba a besarle las puntas de los dedos. ¿Usted comprende? Después de lo cual trota hacia mí, me coge de la manga, arrastrándome hacia la puerta de salida. La duquesa chilla, nos ponen a los dos de patitas en la calle, y nos vamos tan contentos. Diga usted, ¿hubiera hecho un amigo otro tanto? Y, no obstante, bien probó que le gustaba el gran mundo, lo cual era muy justo, puesto que es el suyo. Y él, él, señor, había adivinado que yo le iba a abandonar por dinero, a separarme de él para sentirlo después... Y él quemó las naves, ¿sabe usted? ¡Bravo animal! Así es que lo quiero como a un hijo. No nos separaremos jamás, ¿verdad, "Brummel"? Vivimos en la adversidad: nada tenemos; pero partimos nuestra miseria como hermanos. Vea usted cómo me entiende. Se ríe solo, como una persona, y enseña, como un aristócrata, sus blasones en sus dientes.


LA SITUACIÓN DEL RUHR

"Nuestras tropas mantienen un espíritu excelente. Pero nos helamos de frío. Envíen carbón."

(De "Le Canard Enchainé", de París).

¿Se agotará el oro?

Existen temores de que el oro como moneda llegue a desaparecer; una autoridad financiera demuestra que la producción mundial de oro en estos últimos años ha disminuído, de 95 millones de libras esterlinas hasta 65 millones.

El papel moneda es mucho más cómodo de manejar que el metal; un billete de Banco cuesta el hacerlo menos de 10 centavos y con él podemos comprar tantos artículos y tanta cantidad como el equivalente en monedas de oro; pero este papel sólo tiene valor cuando el gobierno de la nación está en condiciones de dar por el papel moneda su equivalente en oro.

Una onza de oro equivale a cierta cantidad de esfuerzo humano y esto es lo que le da su valor real. Si la energía en la forma de fuerza mecánica es la sangre de la industria, el oro es el esqueleto, el hueso. Si éste se ve amenazado, todo el sistema se ve en peligro; y como la cantidad de oro que una nación posee es la que le da crédito, la que hace fluctuar los cambios, se comprenderá la importancia que este llamado vil metal tiene en la vida de las naciones.

El oro no sirve para sostener la vida y sin embargo, el amor a esa substancia ha sido una de las pasiones más fuertes de la humanidad desde hace dos mil años y el reconocimiento de esta verdad es lo que ha hecho considerar el oro como la base del dinero.

En cualquiera ocasión en donde el dinero está puramente representado por papel y no puede ser rescatado en oro, el pueblo vuelve a los tiempos primitivos y se establece el cambio de objetos. La Rusia actual es un ejemplo de esta triste situación.

A. de L.

Mermelada de rosas

Vuelve a estar de moda la mermelada de rosas, la deliciosa confitura de Oriente que tan en boga estuvo en toda Europa en el siglo XVIII.

Lo hemos leído en "Excelsior", que al propio tiempo que la noticia publica una antigua receta para hacer la exquisita mermelada, la cual receta copiamos por si es del agrado de nuestras lectoras.

Nada más sencillo: "Se toman capullos de rosas rojas, se cortan y se les quita la parte blanca. Se pesan, y para cada libra de pétalos rojos se disponen dos libras y media de azúcar. Se machacan bien las flores en un mortero de piedra, añadiendo poco a poco el azúcar y sin dejar de machacar hasta que la mezcolanza esté perfectamente hecha. Se vierte en vasos, que se cubren con una hoja de papel y con un pergamino, y la mermelada podrá conservarse algunos años. Sin embargo, es preferible comerla pronto.

El licor de rosas, compuesto de agua de rosas, aguardiente y canela, se usaba mucho en la corte de Isabel de Inglaterra como remedio contra "los vapores".

Remontándonos a épocas más antiguas, y para que se vea hasta dónde alcanzan las virtudes de la más bella de las flores, basta recordar que Plinio asegura que las hojas de rosa machacadas y mezcladas con grasa de oso, forman una pomada maravillosa contra la caída del cabello. Prueben ustedes por si acaso.

EL ESTUDIO DE LA ATMÓSFERA

Análisis del humo en Londres. — ¿Hay en el aire partículas de algún cometa?

por V. V.

No hay trabajo de índole científica que resulte inútil para la humanidad, lo mismo los que se efectúan cultivando la ciencia pura que los que se realizan con fines prácticos de aplicación a la higiene, a la industria, etcétera, y ocurre muchas veces que, laborando con un fin determinado, aparecen consecuencias inesperadas de un orden muy distinto. Tratando de resolver un problema práctico de elevación de aguas, en Florencia, en el siglo XVII, fué como se descubrió el barómetro y la explicación verdadera de todos los problemas relativos a la presión atmosférica. Teniendo el médico Galvani colgadas las ancas de una rana por un alambre de cobre sujeto por la parte superior a la barandilla de un balcón y por la interior enganchado en los nervios lumbares del animal, observó que, al oscilar aquella especie de péndulo, cada vez que los músculos de las ancas tocaban en los hierros verticales del balcón, las patas de la rana experimentaban fuertes contracciones, moviéndose como cuando el animal estaba vivo. Este hecho, y la discusión celebérrima que para explicarlo sostuvo Galvani con Volta, profesor de Física de Pavía, dió origen al descubrimiento de la primera pila eléctrica, y, por ende, al de las corrientes eléctricas, sin las cuales, con sus vastísimas aplicaciones, no existiría la civilización actual.

Nos sugiere estas consideraciones lo ocurrido recientemente con motivo de los trabajos hechos aplicando el microscopio al estudio del aire atmosférico. Desde hace medio siglo se viene practicando metódicamente este estudio con gran minuciosidad y rigor científico en el Observatorio de Mont-Souris, en París. Tienen allí dispuestos aparatos que consisten en grandes trombas aspiradoras, que hacen llegar un surtidor de aire sobre una laminita de cristal recubierta de una tenue capa de una mezcla de glicerina y glucosa. El filete de aire deja así sobre dicha lámina las substancias que lleva en suspensión; y llevando después la lámina, previas las manipulaciones técnicas del caso, al campo del microscopio, se observan y estudian dichas substancias. El aire aspirado pasa por un contador, donde se mide su volumen y así es posible obtener datos respecto a las proporciones en que se encuentran en el aire las materias que se investigan.

De esta manera se ha podido comprobar que el aire atmosférico lleva siempre en suspensión vestigios casi impalpables de casi todas las materias minerales que forman la superficie de la corteza terrestre. Pero, además, se ha evidenciado la existencia de infinidad de substancias orgánicas, organizadas y vivientes, y restos otras de pequeñísimos seres animales y vegetales.

Haciendo estas investigaciones metódicamente a diferentes horas, en diferentes sitios y en el curso del año, se ha podido determinar la naturaleza y proporción de esas diversas substancias, según se trate de la atmósfera de las ciudades o de los campos, de las partes bajas de los valles o de las altas regiones montañosas, en la vecindad de los mares o de los bosques, en los centros industriales o en las comarca agrícolas, y en las ciudades según las horas, el país y las costumbres de los habitantes, obteniéndose datos utilísimos para la higiene y para la medicina, y algunos otros resultados verdaderamente curiosos y totalmente inesperados.

En ciudades, como Londres, tan castigadas por los humos, que combinándose con las nieblas del río, constituyen una calamidad para la urbe, el estudio de la atmósfera ha sido una preocupación constante desde hace muchos años, con el fin de deducir de la naturaleza de los productos principales que los humos dan al aire algún medio práctico de purificar la atmósfera, eliminándolos o neutralizándolos de alguna manera. Sabido es que en Londres, tanto en las cocinas como para la calefacción domiciliaria, el combustible que principalmente se usa no es el carbón vegetal, ni la leña, ni el coke, sino la hulla, el carbón de piedra natural, que produce mucho humo, y muy cargado de materias alquitranadas y de partículas carbonosas. Así, pues, se trata de una superficie de más de cuatrocientas millas cuadradas, toda llena de focos de desprendimiento de estos humos, manantiales de producción de éstos que, en conjunto, tienen tanta o más importancia que las fábricas.

Aplicando al examen de la atmósfera de Londres el método antes indicado, se ha podido determinar los productos que abundan en dicha atmósfera; la variación en calidad y en proporción, según las estaciones, en las épocas de trabajo normal y en las de grandes huelgas, etc., etc., todo lo cual ha permitido deducir algunas consecuencias prácticas importantes y formular algunos consejos útiles respecto al modo de quemar el carbón tanto en las fábricas como en los domicilios particulares.

Pero, además, el examen minucioso practicado el día 16 de marzo último dió a conocer la presencia en el aire de pequeñas esferas trasparentes, de media a una milésima de milímetro de diámetro, y cuya naturaleza y procedencia no pudo determinarse. En vista de ello, se examinaron cuidadosamente las preparaciones de días anteriores, y se advirtió que también existían las mencionadas partículas, aunque en proporción menor, y que su aparición creciente databa desde el mes de octubre. El encontrarse después el mismo fenómeno en la atmósfera de ciudades muy alejadas de Londres ha hecho pensar en que las partículas a que se hace referencia, totalmente distintas de los granos de polen, de los esporos de criptógamas y de otras cosas semejantes que habitualmente se hallan en el aire, pudieran ser procedentes del polvo cósmico o partículas dejadas en nuestra atmósfera por la cola de alguno de los cometas que recientemente han hecho su aparición.

Y he aquí cómo trabajos hechos con un objeto determinado dan origen a conocimientos de orden muy distinto, poniendo a los investigadores en la pista de fenómenos muy diferentes y cuyas consecuencias no se sabe hasta dónde podrán conducir.

?

¿Quién hizo esos astros que eternos gravitan?
¿Allá en esos mundos, qué seres habitan?
¿El Orbe infinito de dónde surgió?
¿Si Dios hizo al mundo, quién hizo a Dios mismo?
¿Cuál fué el primitivo sutil organismo
Que el soplo de vida primero surtió?

¿Qué valen al hombre, ni su inteligencia,
ni todo el bagaje de su vana ciencia,
si nunca el arcano podrá descubrir?...
¡El fin y el principio! ¡Tremendo problema!
Para descifrarlo no existe dilema.
tan solo es lo cierto: ¡nacer y morir!

En tanto la recua se agita ilusoria,
soñando en la dicha, soñando en la gloria,
buscando en la duda consuelo en la fe!
¡Visiones fugaces que el tiempo derrumba!
¡La vida es un breve camino a la tumba!
Y entonces yo digo: ¡Nacer!... ¿Para qué?

Enrique Burone Risso

COMPROMISO IMPORTUNO



—¡Qué ocurrencia! ¡Mandarme ahora una carta para que vaya al entierro de su suegra! Le contestaré diciéndole que iré otro día.



SECCION VERMOUTH

HOMBRE PRÁCTICO

Un familión entra en una fotografía, naturalmente para hacerse retratar.

El fotógrafo los dispone en un grupo y luego dice, profesionalmente:

—¡Atención! Fijen aquí todas las miradas.

Y señala un cartel.

El cartel dice:

"Los trabajos deben ser pagados por adelantado."

SISTEMA VIEJO

—Che,—le dijo a su compañero de oficina,—¿quieres prestarme tu paraguas?

—No puedo,—contestó implacablemente el compañero,—así adquirí el que tengo.

MUY BIEN

Fué en un examen de cirugía de sexto año, en la Facultad de Medicina.

Tímidamente, se adelantó el alumno.

El profesor que presidía la mesa le dirigió la mirada benévola de los profesores de la Reforma, y planteó el caso:

—Se trata de un sujeto que tiene una pierna más larga que otra. Vamos a ver: ¿qué haría usted en este caso?

Tímidamente, el alumno repuso:

—Creo que yo también renguearía...

FILÓSOFO

El hombre era terriblemente egoísta. Decía:

—Prefiero que mis amigos sufran grandes dolores en vez de pequeños contratiempos...

—¡Qué barbaridad! ¿Por qué?

—Porque los grandes dolores son mudos.

EL PORVENIR CLARITO

En una fiesta de caridad, una joven, disfrazada de gitana, decía la buenaventura, por las líneas de la mano. A otra joven que acababa de mostrarle la mano, dijo:

—Veo que usted se va a casar.

—Es cierto.

—Y que se va a casar con un individuo llamado Rodríguez.

La cliente, asombrada, exclamó:

—¿Es posible que por las líneas de la mano sepa usted hasta el nombre de mi novio?

—¡Qué líneas ni qué palomitas!: acabo de ver que lleva usted el anillo de compromiso que le devolví a Rodríguez hace tres semanas.

LA OCASIÓN AL PELO

El señor se permitió dar un beso a la mucama, en el vestíbulo. La mucama lanzó un grito.

Acudió la señora.

—¿Qué le pasa, Juanita? ¿Por qué gritó?

—¿Yo grité? ¡Ah, sí! Era un grito de alegría, señora. El señor me acaba de decir que desde este mes me aumenta veinte pesos.

Y el señor no protestó.

USTED SABE...

El patrón estaba realmente enojado:

—¡Es intolerable! ¡Otra vez me frangolla el trabajo! ¿Es posible que no consigamos que se corrija? ¿Y todas esas promesas y esas buenas intenciones de que me hablaba el otro día, qué se hicieron?

—Sí, señor; las recuerdo; pero, a veces uno toma un trago demás... y usted sabe lo que pasa...

ATENUANTE

—¡Ha tenido usted valor,—decía el juez con indignación asombrada,—de despojar a ese pobre infeliz de lo único que tenía, de lo poco que tenía para alimentar a su familia!

El culpable bajó la cabeza y repuso:

—¡Qué quiere, señor juez!: no encontré más.

PARA SER EXACTO

Los dos individuos se habían peleado en la fonda, a botellonazos. En la comisaría discutían sobre cuál había sido el primero en pegar. El comisario pensó resolver la cuestión en seguida. Llamó al mozo de la fonda, y le preguntó:

—¿Quién recibió el primer golpe?

—El botellón, señor.

SALVANDO LA SITUACIÓN

Al final de un drama, en un teatro de Chos Malal, la heroína debe morir de un tiro.

El arma, como de costumbre, falla. La actriz no se abatata

—Muero,—exclama,—primera víctima de la pólvora sin ruido.

UN ESCÁNDALO

—¡Están imposible los diarios, señora!—exclamó indignada doña Justina;—puros crímenes, puros escándalos, puros chismes... Yo no sé cómo lo permiten... Imagínese que ayer eran las cuatro de la tarde y todavía no había podido empezar a lavar los platos.

SALVANDO UN ERROR

La escena ocurre en un restaurant económico.

Un parroquiano le dice al mozo que quiere hablarle al dueño.

Y acude éste muy de prisa.

—Le llamo a usted para decirle que en la lista hay una errata de imprenta. Lea usted aquí.

—Dice "postres variados".

—Pues mire usted (y le enseña una manzana enteramente podrida que acaba de servirle). Es indudable que usted ha querido decir "postres averiados".

LAS CAMPANAS

No se sabe a punto fijo cuándo fueron inventadas las campanas, pero puede asegurarse que datan de la más remota antigüedad. Como adorno, y de pequeñas dimensiones, aparecen engalanando las vestiduras del gran sacerdote de los hebreos, quince siglos antes de J. C. Los chinos pretenden que por el año 2262 anterior a la Era cristiana poseían doce campanas, cuyos graduados sonidos expresaban los tonos de la música; los primeros misioneros que fueron a China, encontraron, efectivamente, campanas de todos tamaños, aunque no pudieron determinar la época a que pertenecieran.

El uso social de las campanas, aparte del religioso, es casi universal y muy antiguo. En Roma se indicaba a son de campana la hora de apertura de los baños públicos, y con repique de campanas se advertía al pueblo de todos los acontecimientos importantes.

La introducción de las campanas en los templos cristianos se debe a San Paulino, obispo de Nola, ciudad de la Campania, la antigua provincia de Italia meridional, de cuyo nombre sostienen algunos que se deriva el de las campanas.

Aparecen, pues, las campanas en Italia en los comienzos del siglo V. San Paulino murió el año 430.

Encuéntranse en Francia en el siglo VII; en Inglaterra se adoptaron en el año 960, y en Suiza, el 1002. En España no se adoptaron hasta el reinado de Alfonso el Casto. El año 865, el Dux de Venecia, Orso Partecipacio, envió a Miguel, Emperador de Oriente, las primeras campanas, que fueron colocadas en la iglesia de Santa Sofía, de Constantinopla.

En la Edad Media, las campanas eran de reducidas dimensiones; en el siglo XVI se comenzó a hacerlas grandes. La mayor de todas es la que hay (si los bolcheviques no la han destruído) en el Kremlin de Moscou. Fué fundida en 1733; mide seis metros y 10 centímetros de altura y 6.38 de diámetro; pesa 246.500 kilogramos.

La de la catedral de Toledo, que ocupa el séptimo lugar entre las más grandes del mundo, pesa 17.800 kilogramos y tiene tres metros de diámetro.

EN CABEZA AJENA

La diferencia de la infidelidad en los dos sexos es tan real, que una mujer apasionada puede perdonar una infidelidad, lo que es imposible a un hombre.—STENDHAL.

* * *

Basta, a menudo, para llegar a ser ingrato, ser más amado de lo que se ama.—ROCHEBRUNE.

* * *

El amor se gasta más pronto en nuestra imaginación que en la de las mujeres.—SHAKESPEARE.

* * *

Un hombre que se vuelve inconstante sin que nosotras hayamos merecido su inconstancia, no vale la pena de que lo lamentemos.—Madame de RIEUX.

* * *

Amad temprano si queréis amar tarde. Los amores que sobreviven a la muerte son los que nacieron en la cuna.—SAINT PIERRE.

* * *

Las mujeres consideran inocente, todo lo que osan.—JOUBERT.

* * *

Abandonando noblemente lo que nos abandona, uno queda por encima de lo que pierde.—Madame de STAEL.

* * *

Las mujeres desconfían demasiado de los hombres en general, y no lo suficiente en particular.—COMMERSON.

Mienten las mujeres con tanta gracia que nada les sienta más que la mentira.—Lord BYRON.

* * *

Por mal que piense un hombre de las mujeres, no hay mujer que no piense peor que él.—CHANFORT.

* * *

Se dice tanto mal de las mujeres porque se piensa de ellas mucho bien, y se aparenta odiarlas por temor de dejar entrever que uno no puede evitar amarlas.—E. DESCHANEL.

* * *

Una mujer olvida de un hombre a quien ya no ama, hasta los favores que él recibió de ella.—Ninon de LENCLOS.

* * *

Las lágrimas son, a veces, la sonrisa extrema del amor.—STENDHAL.

* * *

Para que una carta de amor sea lo que debe ser, es preciso empezarla sin saber lo que se dirá, y terminarla sin saber lo que se ha dicho.—Horacio RAISSON.

* * *

Un célibe es un ser a quien le falta algo; se parece a la mitad de unas tijeras que espera la otra mitad, sin la cual se la deja a un lado, como inútil.—FRANKLIN.

* * *

A menudo uno enseña a engañar haciendo ver que se teme ser engañado.—SÉNECA.

TOTAL: DIEZ PESOS



El enfermo.—Esta tos, doctor.
El doctor (que es tan optimista como distraído).—No se preocupe, la quitaremos.
—Y esta fatiga...
—La quitaremos.
—Y este corazón...
—Lo quitaremos también, no se apure.

PUCHITOS

Un ingeniero ruso, llamado Makhoninc, ha construído una notable locomotora eléctrica que ha funcionado durante más de un año en las líneas férreas del soviet, recorriendo de una sola vez, sin aprovisionarse en el camino, los 650 kilómetros que separan a Petrogrado de Moscú. Lo esencial de esta locomotora está constituído por un grupo de electrógeno, compuesto por un motor de combustión interna que desarrolla hasta 3.000 caballos de fuerza. Este motor pone en movimiento un dinamo generador de una tensión de 1.500 voltios, el cual envía corriente directa a motores que mueven los ejes de la locomotora; cada rueda es, pues, rueda motriz. A la velocidad de 120 kilómetros arrastra un tren de 12 vagones de 45 toneladas, y a la de 50 kilómetros uno de 70 vagones de 18 toneladas.

* * *

Entre los inventores olvidados que prestaron al mundo grandes servicios, se cuenta dos modestos obreros mecánicos de Gales, llamados Trevitich y Vivian, que reemplazaron el riel de madera por el riel de hierro.

* * *

De una curiosa broma, con visos de estafa, fueron víctimas algunas municipalidades rurales de los Estados Unidos. Un buen día se les presentó un señor anunciando que había inventado una maquinaria mediante la cual lograría provocar la caída de determinada cantidad de lluvia en el aire. Se comprometía a poner en práctica su invento por una suma que se le pagaría una vez obtenido el resultado prometido. La propuesta fué seriamente considerada. Sólo por casualidad se advirtió más tarde que la cantidad de lluvia prometida por el supuesto inventor, era la mínima que caía todos los años en esas localidades.

* * *

En la provincia de Bergen, al sudoeste de Noruega, llueve, por término medio, durante trescientos días en el año. Es, sin duda, la localidad más incómoda para residir. Lo aseguran, sobre todo, las mujeres, que dado el grado de humedad del aire, jamás pueden tener el cabello rizado.

* * *

El 5 de septiembre de 1873, Francia terminó de pagar totalmente su deuda de guerra a Alemania, con una rapidez y una honradez que le da derecho a exigir hoy igual conducta de la Alemania remisa. A pesar de los grandes sacrificios que importó para Francia el pago de esa deuda, la moneda francesa no se depreció en más de 2.50 por ciento, es decir, que 100 francos valían, después de la guerra, 97 francos y 50 céntimos.

Muchos animales marinos contienen cinc y cobre. Este último metal se encuentra particularmente en las ostras, en proporción infinitesimal, sin duda, pero lo suficiente para darles un color verde y a veces cierto sabor metálico. Entre los animales terrestres las serpientes tienen también cobre en su sangre, lo que le da cierta tonalidad azulada. Se cree que este cobre obra en el organismo a manera del hierro en los animales superiores, es decir, que sirve de vehículo del oxígeno a los tejidos.

* * *

El alcalde de Roma ha dado un decreto por el que prohibe a los floristas el empleo de colores artificiales para teñir las flores frescas que venden. Parece que el motivo principal de esa prohibición es el de que el "teñido" hace perder a las flores su fragancia natural.

El director de correos de los Estados Unidos calculaba últimamente en 70 millones de dólares la pérdida anual que ocasiona al Estado la ignorancia del público en su relación con los servicios de correos, es decir, por los inconvenientes de las malas direcciones de las piezas postales, que obligan a un triple trabajo, y por la falta de conocimiento del funcionamiento de los mismos servicios, inconvenientes todos, agrega, fácilmente evitables si el público fuera más ilustrado.

Las corporaciones de artesanos [illegible] Media estaban constituídas por los [illegible]ces", que eran los jóvenes de 10 a 18 [illegible] aprendían un oficio; los "compañeros" [illegible] conocían el oficio y los "maestros" que eran los compañeros que ejecutaban un trabajo cualquiera de su oficio considerado perfecto por un tribunal formado por otros maestros.

* * *

El "Times", respetable diario inglés, como todo el mundo sabe, trae en un artículo sobre educación, algunos graciosos desatinos copiados de composiciones hechas por alumnos de escue[illegible] primaria. Un niño escribe, por ejemplo, e[illegible] deber de historia: "El valor de los turcos [illegible] explica por el hecho de que un hombre que tie[illegible] varias mujeres, está más dispuesto a afrontar la muerte que el que tiene una sola". En un deber sobre física, otro niño escribe: "Pregunta: [illegible] qué condiciones flota un cuerpo en el [illegible] Respuesta: Después de haber estado tres [illegible] el agua".

En los grandes monoplanos de alas de [illegible] que efectúan el transporte de pasajeros [illegible] ruta Londres-Amsterdam-Berlín, se ha establecido compartimientos para fumadores.

Enrique Heine definió así a los Estados Unidos de América: "Una gran prisión de hombres libres."

En Heidelberg existe una iglesia, la del Espíritu Santo, donde se celebran misas de cat[illegible] y protestantes en dos locales del mismo edificio separados por una pared.



Los primeros fríos llevaron al Sierras Hotel, de Alta Gracia, un selecto contingente de huéspedes



Señoras Dalmira Cantilo de Gallardo, esposa del ministro de relaciones exteriores, y María N. de Schindler.



El ex presidente de la República, doctor José Figueroa Alcorta y el juez doctor E. Escalante Echagüe.



Doctor J. I. Vernazza y su esposa.



El doctor J. V. Uriburu y su esposa, y las señoras de Figueroa Alcorta y de Franchini.



Señorita Zulema Carballeda Díaz.



Señoritas Gemita Marín y de Cullen, y señores C. Rom y Roberto y Fernando Martí.



El Dr. Alfredo J. Colmo y su prometida, señorita Delia Zavalla Moreno.



Señoritas de del Campillo, Rosa, Gallardo, Schindler y Cono.

Fots. Guido.

LAS ÚLTIMAS NOTAS GRÁFICAS DEL BALNEARIO DE EPECUEN



Señorita Antonia Valle.



Una dama embadurnada con el barro del lago Epecuen, cuyas propiedades curativas son notorias.



Señorita Delia Bonzi, antes del baño.



Festejando la terminación de la temporada balnearia.—Señores Miguel Ibáñez, diputado nacional E. M. Tomaszewski, Miguel Soaghi, Antonio Bringas, Ramón Ganda, Serafín Sierra, Vicente Fontán y Rafael Carbajo.



Los pibes de Cabrera.



El diputado nacional, señor E. M. Tomaszewski, ex odontólogo del señor Hipólito Irigoyen, con la cartera de las extracciones y el perramus de las emplomaduras.



Señora Ana Franceschi Latorre y doctor César Raúl Flores.



Señor Hipólito Torroba.





Familia de Goras.



Disfrutando las delicias del último remojón.



Un poco de terapéutica carnavalesca.



Los de "Barrientos".



Un rival de Jack Jhonson.



Señorita Rebeca Repetris.



Señoritas de Torres.



El escribano público, señor Manuel Bearnes y su hijita.



Debido a la excesiva densidad de las aguas, los cuerpos se mantienen fácilmente a flote. Una dama haciendo la plancha.



El "sireno" de Epecuen: señor B. M. Tomaszewski, padre de la patria.

Fots. Ricardo Carretero.



La casa del obispo Colombres, en Tucumán, fundador de la industria azucarera argentina



Vista del exterior de la casa del obispo Colombres, situada en el Parque Centenario, de la capital tucumana, que ha sido convertida en museo histórico.



Galería del edificio en que habitó el doctor Colombres, que se conserva como era en aquella época.



El oratorio del obispo Colombres.



La señorita marquesa Molina Gómez, sosteniendo entre sus manos un abanico del siglo XVIII y sentado frente al clavicornio que perteneció al obispo Colombres.



Los moldes que utilizaba el doctor Colombres para refinar el azúcar que fabricaba en su ingenio.



El trapiche de madera y parte del galpón, donde dicho prelado instaló la primera fábrica de azúcar del país, realizando el esfuerzo precursor de esta importante industria entre nosotros.



Retrato del obispo doctor Colombres, fundador de la industria azucarera argentina.



Sala de recibo de la casa del obispo Colombres, que se conserva como reliquia y que es muy visitada por los turistas.



Dormitorio que perteneció al obispo.

Fots. Luis Alfredo Posse.

DE TODO UN POCO



Un futuro actor de cine. "Guillermito" hijo de los artistas de cine William S. Hart (hijo) y Winifreda Westover, y nieto del famoso William Hart.



El explorador británico Alejandro Barnes ha descubierto, en el cráter del Monte Kilmangaro, en Africa, bosques y peñascales en los que habitan, entre otros animales gigantescos, orangutanes, como el que representa esta fotografía.



"Mefistófeles", gallo de raza de la Fleche, que obtuvo el primer premio en la exposición de avicultura realizada últimamente en París.



Existen en Haití monstruosas arañas, tan grandes y aun mayores que la "araña pollito", del Chaco, las cuales no son, sin duda, tan terribles como su aspecto a juzgar por la familiaridad que les permite este soldado norteamericano.



MUNDO SOCIAL



Señorita María Obdulia Romero, que el día 28 del actual contraerá enlace con el señor José Enrique Bonicalzi.



La señora María Enriqueta Jaureguiberry de Parodi con su hijito Rodolfo Lorenzo.

DE LOS TERRITORIOS NACIONALES





General Pico (Pampa).—Público y afiliados al partido socialista escuchando la conferencia pronunciada en la plaza Alsina, por un correligionario político, procedente de Bahía Blanca, a su paso por aquella localidad.

Fots. Diógenes Quiroga.

GENTE MENUDA



Marta Ema Amendola.



Marta y Mirta Besio Marino.



Lía Dora Amendola.



Sociedad de Beneficencia de la Capital

1823 — 1923



Grupo de niñas del Asilo de Huérfanas, que funciona en esta capital, en la calle Reconquista. — En uno de los patios del establecimiento.



Señora Sánchez de Mendeville, tres veces presidenta de la institución (1830 - 31 - 66).



Durante un recreo, en el Asilo de Huérfanos, de la Capital. Conjunto sacado en el gimnasio, a la hora del "mate cocido".



Alumna trabajando en el taller de alfombras, tipo Smirna, del Asilo Saturnino E. Unzué (Mar del Plata).



Taller de tejido a mano, instalado, también, en el Asilo Unzué.



Un turno de pequeños amasadores, trabajando en la panadería. (Asilo de Huérfanos).



Un rincón de la imprenta del Asilo de Huérfanos.



Asilo de Huérfanos.—En el taller de carpintería.



"La Sociedad de Beneficencia de la Capital, es una institución femenina que cumple funciones de gobierno, en el ejercicio de la Caridad Pública. Fundada en el año 1823, durante el gobierno del General Martín Rodríguez, la Sociedad de Beneficencia es para los argentinos una reliquia y la historia de su vida, una hermosa página de tradición que respetamos, como un alto exponente de cultura social y de las virtudes cristianas que animan el espíritu de la mujer, que ha consagrado su amor y sus desvelos, a mitigar el dolor de los que sufren enfermedades del cuerpo o congojas del alma".

Comedor del Asilo Martín Rodríguez (Mercedes, F. C. Oeste).



Señora Sofía A. de Bengolea, presidenta actual (1923 - 24).



"Desde el año 1823, casi no hay una sola manifestación de actividad colectiva orientada en favor del necesitado, de la mujer y del niño, en que la Sociedad de Beneficencia de la Capital no haya intervenido, directa o indirectamente, imprimiendo siempre, en cada una de sus obras, el sello inconfundible de su influencia saludable. Así lo han reconocido los Gobiernos, desde Martín Rodríguez hasta el presente, sin excluir al mismo tirano Rosas, en documentos públicos y privados, que son otros tantos motivos de justa satisfacción para esa pléyade de mujeres consagradas a las prácticas del bien".

Comedor del Asilo Unzué (Mar del Plata).



EN HONOR DE LA DELEGACIÓN FERROVIARIA CHILENA



La Asociación Ferroviaria Nacional, ofreció un lunch a los componentes de la delegación ferroviaria chilena, que preside el diputado don Santiago Labarca, en los salones de su lujoso local situado en la calle Bolívar. El señor Miguel Leguía, presidente de aquella institución, ofreció el homenaje mediante un conceptuoso discurso. — Fotografía de los concurrentes obtenida al iniciarse el lunch.

Caracterizados vecinos de Río Negro se entrevistaron con el presidente Alvear. — Música negra



Comisón de vecinos de Río Negro (valle inferior) que, presidida por el profesor don Alfredo Spada e integrada por el escribano don Francisco Pita, comandante don Santiago J. Albarracín, señores Ernesto Honoré y Emilio Franke, fué recibida, en audiencia especial, por el presidente de la República, el 11 del corriente, en cuya entrevista se trataron diversos asuntos de interés para el adelanto de aquella importante zona del territorio.



La nota más llamativa en materia de música de café concierto es la que está dando en Londres, un matrimonio de legítimos negros de Zululand, ambos pianistas de ''jazz-band''. El marido ha aumentado un poco la indumentaria nativa, agregándole un cuello postizo y un monóculo.

El football santafesino





San Justo. — A la izquierda: equipo del Football Club Colón que en el match realizado a beneficio del campeón de natación, señor Pedro Candioti, resultó vencedor, marcando uno a cero goal. — A la derecha: team del ''Sanjustino'', derrotado en el encuentro.

ESTRELLAS DEL FILM AMERICANO, EN SUS ÚLTIMAS CARACTERIZACIONES



Margarita Livingston, que sobresale en el papel de niña indefensa en la cinta "El filibustero de la sociedad"



Margarita Courtot en el papel de joven cuáquera en una reciente producción de Elmer Clipton.



En "Vendetta" la apasionada Alma Rubens ha conquistado un laurel más.



Lila Lee ha trabajado últimamente en California, en dos cintas nuevas de delicados problemas sociales.



HOMENAJE A LA MEMORIA DEL SEÑOR ALBERTO PONS





El personal de la casa Curt Berger colocó una placa conmemorativa en el sepulcro del señor Alberto Pons, que, como se recordará, fue recientemente asesinado por satisfacer una venganza. A la izquierda: el señor Emilio Ferrando, leyendo una sentida oración fúnebre durante la ceremonia. A la derecha: vista parcial de las personas que asistieron al acto.

CICLISMO. — CAMPEONATO SANTAFESINO DE LA HORA





Rosario. —Organizado por el Veloz Club Rosario se realizó en el field del Club A. Provincial el Campeonato Santafesino de la Hora, en honor del campeón rioplatense Eugenio Gret.—A la izquierda: Cristián Berger, E. Verduna y C. Peralta, clasificados primero, segundo y tercero, respectivamente, en la carrera de primera categoría. A la derecha: E. Zambrano y E. Fidani, que llegaron en ese orden en la prueba de tercera categoría.



Pascual Cifarelli, A. Refosco, E. Bolsico y L. Pastore, que en el orden citado ocuparon los cuatro primeros puestos en la carrera de segunda categoría.



José Zambrano, O. Calvi y A. Ciavala, primero, segundo y tercero, respectivamente, en la prueba de cuarta categoría.



El señor Eugenio Gret, campeón rioplatense, con los representantes del Club Ciclista de Rafaela y los miembros de la comisión organizadora del festival.



El momento de la largada en la carrera de primera categoría.

Fots. Cornet y Aranda.



TRÍPTICO CHILENO



El célebre balneario de Río Blanco.



Valparaíso. — La estatua del almirante Pratt.



Santiago. — Vista del exterior de la legación argentina.

Fots. J. C. Dantiacq.



MARPLATENSES



El señor Carlos Pellegrini con su hijo Carlos y el joven Alberto Altorrasagasti.



Los últimos paseos por la Rambla.



El señor Miguel Costa con sus hijas Amelia y Angelita.



Señores Alberto Toddia y Nicolás Demarco en la Rambla de la Perla.



Un quinteto de excursión a Cabo Corrientes.



Después del baño de mar, el baño de lluvia.



Señoritas Esther y Amelia Toddia y de Pino.



En la playa del Bristol.



—¿Qué hora es?
—Las once, clavaditas.





Tomando baños de sol y de arena.

Fots. Bonnin.



ALREDEDOR DEL MUNDO



El famoso team de remeros de la Universidad de Cambridge se entrena para la carrera con los de Oxford, seguidos por numerosos compañeros en bicicleta que desde la orilla les estimulan y aconsejan.



En la población inglesa de Ashbourne, se celebra una vez al año un partido de football, en las calles y suburbios, en el cual todo el mundo puede tomar parte. Corresponde el triunfo a los que hacen caer la pelota al río, lejos del alcance del adversario



En el cuartel del Ejército de Salvación, en París, el general Branwell Booth bendijo el enlace de su hijo Wigliff Booth con la capitana Renata Berta Peyron.



La colonia norteamericana en París ha recibido un refuerzo digno de aplauso, con el nacimiento de ocho bellos niños ocurridos en el mismo día en el Hospital Americano de Neuilly.



Novedades de la pantalla



Colleen Moore y John Bowers, en una escena de la comedia "Matrimonios ricos", recientemente exhibida en nuestros cines, con franco éxito.



Colleen Moore a cuyo cargo corre la interpretación de uno de los principales personajes de la película "Matrimonios ricos".



Eille Norwood en "Las aventuras de Sherlock Holmes".



Un pasaje de la cinta "La Boca del Infierno".

Las tres obras mencionadas pertenecen a los diferentes programas de la Corporación Argentino-Americana de Films.

El despertar de la bella dormida del bosque

por Miguel ZAMACOIS

¿Por qué sería que durante los cien años que duró el sueño de plomo de la Bella y de sus servidores en el bosque durmiente nadie tuvo el deseo, naturalísimo, de penetrar en el castillo misterioso? ¿Por qué sería que sucesivas generaciones dieron prueba de una discreción tan extraordinaria de un desinterés tan anormal?

Historiadores burlones han probado de justificar esta secular y curiosa reserva por el temor que sentían los mercantes y compradores de bienes de aquel tiempo de tener que pagar al erario público, si compraban el castillo, los formidables impuestos atrasados con los intereses locamente compuestos, y también el recelo de costosas reparaciones que la prolongada e involuntaria indiferencia de los entorpecidos moradores había hecho indispensables. Pero esas sutilezas humorísticas no convencerán a nadie; a pesar de todo, es evidente que podía realizarse un bonito negocio con el maravilloso amontonamiento de riquezas enterradas en la morada principesca, habiendo comenzado ya el alza de todas las cosas, particularmente de cuadros de maestros y de objetos del Extremo Oriente de la buena época.

La verdad es que sólo la intervención de un poder mágico y la existencia real de las hadas y de sus encantamientos pueden explicar suficientemente esos hechos sobrenaturales. El mismo Perrault ha dejado, desgraciadamente, en la sombra una multitud de detalles que no saldrán a luz más que poco a poco, por la casualidad de hallazgos de documentos probatorios y hechos por los comentadores, paleógrafos, iconógrafos y otros descubridores de arqueología.

Por ejemplo, es evidente—y el autor permanece mudo sobre este punto, como sobre muchos otros—que el Príncipe Encantador nació mucho tiempo después de la entrada en letargo de la Princesa, sin lo cual, y siendo solos los habitantes del castillo los beneficiados de la detención mágica del tiempo y de la suspensión de edad, el susodicho Príncipe, al despertar su linda novia, hubiera sido un mozo de unos ciento diez y ocho años, por lo menos, edad avanzada para todo el mundo, pero especialmente prohibida para un Príncipe Encantador.

En espera de que ratas de biblioteca diluciden progresivamente los misterios de esta extraña historia gracias a los descubrimientos de actas de nacimiento, recibos de diezmos, contratos y otros papelotes apergaminados, vamos al episodio especial del despertar de la Princesa después de un sueño de cien años, que minuciosas pesquisas nos permiten relatar.

¿En qué época se desarrolló la aventura de la Bella Durmiente y del Príncipe Encantador? Sobre ello no hay más que vagas presunciones. Si los autores que empiezan sus relaciones por esta fórmula: "Erase una vez..." supieran el trabajo que preparan a los cronologistas de lo porvenir, se sujetarían probablemente a una mayor precisión.

Para colocar aproximadamente la fecha de la historia de la Bella Durmiente, no tenemos más que el común acuerdo de los dibujantes-ilustradores, los cuales parecen haber adoptado unánimemente los trajes, adornos y muebles del siglo XVI. Esos dibujantes debieron de tener sus razones para ello, y admitamos también nosotros, para tenernos en un justo medio, que fué hacia el año 1550 cuando la Princesa se durmió por voluntad de las hadas, a las que el hipnotismo, la sugestión y el uso del veronal a altas dosis eran ya familiares.

Fué, pues, si las matemáticas no son una palabra vana, hacia el año 1630 cuando el Príncipe, empujado por una fuerza irresistible, llegó ante la puerta del castillo misterioso, escondido bajo una hiedra.

Después de desasir el aldabón de la puerta dé las visitas y de despegar de ella un viejo nido de mirlos, el Príncipe dió tres golpes con mucho trabajo, pues el dicho aldabón, lleno de herrumbre, no quería moverse... A la señal de esos tres fatídicos aldabonazos, los genios, ejecutores de las altas obras de las hadas y de los encantadores, comprendieron que los tiempos se habían cumplido, y todo el palacio despertó.

Media hora larga de desperezamientos, de resoplidos, de bostezos, de crujimientos de articulaciones emplearon los habitantes (intendentes, guardias, lacayos, camareros, cocineros y marmitones) para salir de un entorpecimiento prolongadó hasta tal punto. También el portero mayor tardó en abrir al Príncipe, el cual no se sorprendió por la lentitud de un hombre que se sacudía un sueño de cien años, sabiendo por experiencia lo que cuesta despertar a un portero amodorrado sólo durante una hora.

Al fin se abrió la puerta crujiendo y rechinando. Aprovechando el pasmo general y el momentáneo olvido de todas las consignas, el Príncipe se coló por los patios, vestíbulos y corredores, llevando en su irresistible carrera todas las telas larga y pacientemente tejidas por las arañas, que no quedaron inactivas, si hemos de creer a escritores bien documentados.

De un golpe, llevado por instinto estupefaciente, corrió el Príncipe a la alcoba de la Princesa; entró, abrió las maderas y vió sobre el polvoriento lecho bodoquinado la adorable joven, dormida aún, pues era el beso de amor lo que había de despertarla. Lo que estaba escrito sucedió textualmente: al contacto del beso, la pequeña, milagrosamente conservada en la frescura de los diez y seis años, pasó instantáneamente de los brazos de Morfeo a los del Príncipe... Abrió los grandes ojos, parpadeantes por la luz que los hería; se sentó vivamente, miró con curiosidad a su alrededor, y gritó:

—¡Me acuerdo! El huso, la rueca... ¡Cien años! ¡Vos sois mi Príncipe Encantador!!

—En persona.

—¿Qué hora es?

—La del pastor y la del Príncipe.

—¿Qué año?

—1650.

—¡Ah! ¡Dios mío! Cómo pasa el tiempo... ¿Cómo está Enrique II?

—¡Ay! Murió hace noventa y un años.

—Decidme... Habladme de la gente y de las cosas... Su esencia, ¡claro!

Sentado sobre el lecho, teniendo en sus manos las de su maravillosa novia, el Príncipe Encantador, con inspirada volubilidad, habló, habló, habló...

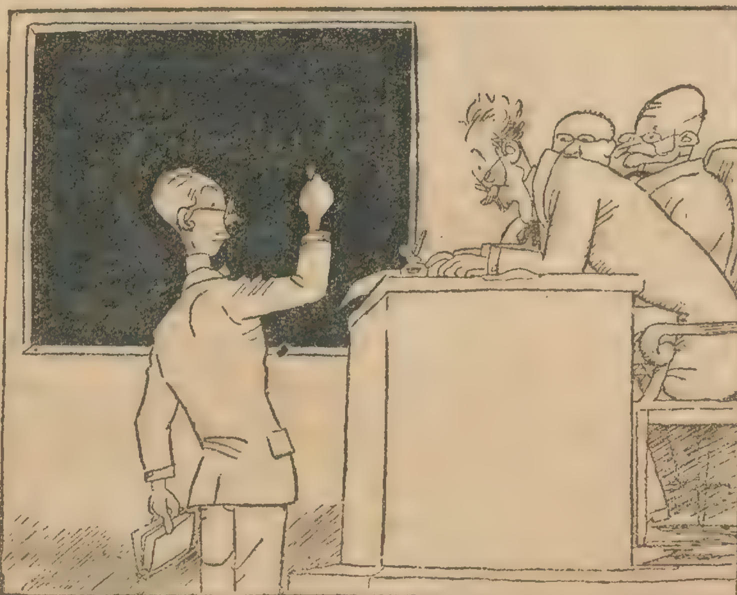
—¿Qué os diré, adorada mía? Carlos V abdicó en 1555... El de Guisa hizo una expedición a Italia en 1557... Tomó Calais en 1558... Se firmó en 1559 la paz de Chateau-Cambresis... En 1560 se introdujo en Francia una suerte de planta que llaman tabaco... Asesinaron a los protestantes el día de San Bartolomé de 1572... Enrique de Valois fué nombrado Rey de Polonia en 1573... El duque de Guisa fué asesinado en Blois en 1588, y Enrique III, al año siguiente... Le sucedió Enrique IV, y vulgarizó el caldo de ave... En 1618 comenzó la guerra de Treinta Años, que ahora acaba de terminar... Han fundado el Jardín de Plantas en 1634, y la Academia al año siguiente... Un tal Corneille estrenó en 1636 una obra de teatro llamada "El Cid", que tuvo bastante éxito... Murió Luis XIII y un cierto Richelieu... Actualmente vivimos bajo una vigencia, y el joven Luis XIV dentro de un año será mayor de edad... Luego, un tal Mazarino...

Al llegar a este punto, la Princesita, que desde el comienzo de esta cansada historia daba signos de un progresivo enervamiento, paró con gesto perentorio el manual vivo y gritó:

—Me importa todo esto un rábano. Esto no tiene importancia. Pero ¿y las modas? De prisa. Habladme de modas...



EXAMEN



—Dado el cambio actual, ¿qué valor tienen tres millones de rublos, un millón quinientas mil coronas y setecientos mil marcos?
—Valen mucho menos que el tiempo que voy a tardar en hacer la operación.

Memoria fenomenal

Antonio Magliabecchi, que nació, en Florencia, en 1633, y murió en 1714, tenía una memoria fenomenal. Tan perfecta era, que podía leer un libro por día y recordarlo todo. Finalmente se le hizo bibliotecario, llamándosele en todas partes el "índice universal y enciclopedia andante". "El hombre que puede recordar lo que lee y oye, y, lo que es aun más importante, las equivocaciones que ha hecho, tiene un equipo de gran valor", dijo, hace poco, cierto escritor.

EL UNDÉCIMO, por Henri BARBUSSE

En su visita de la mañana, el maestro, que tenía una cabeza pálida de largos cabellos marmóreos y cuyos anteojos lucían solemnemente, se detuvo ante mi mesita, a la entrada de la sala 28, y se dignó anunciarme que sería propuesto para la recepción, de aquí en adelante, de los diez pobres hospitalizados cada mes por la casa. Luego siguió, entre el grupo solícito de los alumnos, tan alto y tan pálido, que éstos parecían llevar un busto célebre, de sala en sala.

Balbucí un agradecimiento que no oyó. Mi corazón de veinticinco años experimentaba un orgullo feliz ante la idea de que se me había elegido para presidir una de las más nobles tradiciones de la casa, en la que yo, modesto preparador, erraba, perdido entre opulentos enfermos.

El primer día de cada mes, el lujoso palacio-hospital volvíase el paraíso de diez vagabundos. Una de sus puertas exteriores se habría, para dejar entrar los diez primeros venidos, fueran quienes fuesen, vinieran de donde vinieran, o escaparan... Y durante todo un mes esos diez escombros humanos gozaban de la total hospitalidad del feérico establecimiento, como cualquiera de los más distinguidos clientes del maestro, como los archiduques y los millonarios. Para ellos eran también las altas salas de paredes, más que blancas, brillantes; los corredores vastos como calles cubiertas, y que, en el verano o en el invierno, tenían la frescura y la tibieza de la primavera. Para ellos eran los arriates inmensos, depositados sobre el terciopelo verde como ramos mágicamente agrandados, sobre los cuales se anda; para ellos eran los muros lejanos pero infranqueables, que protegen del espacio libre, de los caminos errantes, de las llanuras que no acaban nunca, como el cielo. Durante treinta días, los refugiados no se ocupaban más que de no hacer nada, no trabajaban más que en comer, sin el temor de lo desconocido y del mañana. Los que tenían remordimientos aprendían a olvidar las cosas; los que tenían duelos, a olvidar los seres.

Cuando se encontraban unos con otros, por casualidad, se apresuraban a esquivarse. No había en la casa —por orden del maestro—espejos donde hubieran encontrado el mal sueño. Después del día, venía el dormitorio, tranquilo como un cementerio, un buen cementerio en el que no se está muerto, donde se espera, donde se vive, pero sin notario.

El primer día del siguiente mes, a las ocho, los diez se iban, vueltos a echar uno a uno en el mundo, como en el mar. En seguida, otros diez entraban, los diez primeros de la fila, que desde la víspera batían las paredes de la casa, como a los bordes de una isla. Los diez primeros, ni uno más ni uno menos; nunca recomendaciones, excepciones, injusticias; una sola regla: los que habían entrado una vez no eran admitidos otra. No se pedía nada más a los llegados, ni siquiera la confesión de sus nombres.

Y el primero del mes, en cuanto sonaron las nueve, exactamente al mismo tiempo en la capilla anglicana y en la capilla católica de la casa, abrí la pequeña puerta a los pobres.

Una hilera de criaturas estaba contra la pared y el batiente de la puerta. Apenas éste giró en la sombra, el amasijo andrajoso se precipitó, como aspirado.

El ayudante tuvo que echarse hacia adelante para imponer un poco de orden a la invasión glotona. Era necesario arrancar por la fuerza, desgarrar de la masa a cada uno de los asaltantes, apretados codo con codo, desesperadamente aferrados uno al otro, como fantásticos amigos. El octavo entró, luego el noveno, luego el décimo.

Y entonces la puerta se volvió a cerrar, rápidamente; no lo bastante rápidamente para que yo no pudiera contemplar, a un paso de mí, aquel sobre el cual se cerraba: el undécimo, el desventurado, el maldito.

Era un hombre sin edad, de cara marchita y gris en la que flotaban dos ojos opacos. Me miraba tan desesperadamente que parecía sonreír. Me estremecí al contacto de esa ansiedad extraordinaria, de esa cara muda como una herida. ¡Entreví en un relámpago—el tiempo que la puerta se cerró—todo el esfuerzo que había hecho para llegar hasta allí, aunque demasiado tarde, y cómo hubiera merecido él también entrar!

Me ocupé en seguida de los otros; pero algunos instantes después, todavía impresionado por el desaliento que había leído en los rasgos del abandonado, entreabrí la puerta para ver si estaba aún ahí. Nadie. El hombre, y los otros tres o cuatro—vagos harapos que palpitaban detrás de él—habíanse ido a los cuatro vientos del cielo, arrastrados por los caminos, como hojas marchitas. Tuve un pequeño estremecimiento; algo así como el dolor de esos vencidos.

Por la noche, mientras dormía, volví a pensar y me preguntaba por qué se quedaban hasta el último momento los que llegaban cuando ya había diez instalados en la puerta. ¿Qué esperaban? Nada. Esperaban, sin embargo, y había en eso un pobre anhelo del corazón.

Estábamos en el mes de marzo. El último día del mes, hacia la noche, un murmullo un poco aterrorizado subió del lado del gran camino, al pie de la puerta. Asomado a un balcón, pude distinguir allí unos hombres que se removían como si fueran insectos: eran los suplicantes.

Al día siguiente por la mañana, abrimos la puerta a esos fantasmas que la leyenda mágica de la casa llamaba a través del mundo, y que para llegar hasta allí se habían levantado, se habían exhumado, de los más espantosos bajos fondos... Acogimos los diez que se presentaron primero; nos vimos obligados, como siempre, a echar a la vida al undécimo...

Se erguía, inmóvil, del otro lado de la puerta. Lo miré, después bajé los ojos. Tenía un aspecto terrible, con su cara hundida, sus párpados sin pestañas. Emanaba de él un reproche de una simplicidad insoportable.

Cuando la puerta nos separó para siempre, sentí remordimiento, hubiera querido verlo de nuevo... Me volví, casi con resignación, hacia los otros, que bullían de gozo sobre las baldosas, asombrándome de pensar con tanta seguridad que, más que esos, el otro habría debido entrar.

Y cada vez fué así. Cada vez me volvía más indiferente a la barúnda de los admitidos, de los satisfechos, y consagraba mis miradas a aquel a quien se le negaba la entrada... Y cada vez me parecía, precisamente, el más digno de lástima, y me sentía maltratado en ese condenado.

En junio, fué una mujer; la vi comprender que no entraría y ponerse a llorar. Yo temblaba examinándola furtivamente; para colmo de desgracia, la pobre tenía los párpados sanguinolentos como llagas.

En julio, la víctima designada era incomparablemente lamentable a causa de su avanzada edad, y ningún se enternecería, como el que se rechazó el mes siguiente: tan joven era. Otra vez, el que se debió apartar del grupo de los elegidos, me imploró con sus pobres puños, alrededor de los cuales colgaba un resto de ropa deshilachada. El que la fatalidad sacrificó al mes siguiente, me mostró el puño, amenazador; y la súplica del uno me dió miedo, y la amenaza del otro me inspiró piedad...

Hubiera casi pedido perdón al "undécimo" de octubre, que se erguía, tieso, envuelto en una atadura grisácea, parecida a una venda, flaco, con su traje flotando al viento como una bandera... ¿Pero qué hubiera podido decir al miserable que treinta días después lo siguió? Enrojeció, balbuceó una excusa tímida, y se retiró, después de haberse inclinado con una cortesía trágica.

Y así, un año pasó. Doce veces hice entrar los vagabundos vencidos por la vida, los obreros para los cuales toda probabilidad de trabajo había desaparecido, los criminales redimidos: hice entrar algunos de los que se aferraban a las aristas del muro como a los arrecifes de la costa; eché a otros, parecidos, y que prefería confusamente.

Una idea me persiguió: la de que participaba en una injusticia abominable. No había motivo, en realidad, para dividir a todos esos pobres, así, en amigos y en enemigos. No había más que un motivo arbitrario, abstracto, falaz: una cuestión de número, un signo. En el fondo, no era justo, ni siquiera lógico.

Pronto, no pude continuar más en esa serie de errores. Fuí a buscar al maestro y le supliqué que me diera un empleo, a fin de que no tuviese cada mes que recomenzar la misma mala acción.

EL AUTOMÓVIL, MAMA



Modelo de forcito para 1930

La precursora del aeroplano

La abeja tiene cuatro alas, pero al volar une, mediante ganchitos, las dos alas de cada lado, teniendo así realmente durante el vuelo sólo dos alas.

PARA LAS DUEÑAS DE CASA

Conocimientos útiles

Para conocer si el pescado está fresco.—Cuando se compra pescado, debe recordarse que la carne del mismo debe ser un poco dura al tacto; si se aprieta con el dedo, debe levantarse otra vez como si fuese elástica, sin quedar señal del dedo. Cuando el pescado está fresco, se conoce no sólo en que los ojos aparecen brillantes y las agallas rojas, sino además, en que cuesta trabajo quitarle las escamas.

Cuando se ha de escoger una langosta, se le debe tirar un poco de la cola; si al soltarla ofrece ésta cierta elasticidad que la hace volver a su primera posición, la langosta está fresca.

Para conservar el café, después de tostado y cuando todavía conserva calor, se rocía con azúcar molida y se menea bien para que se mezcle. Luego se echa más azúcar y se guarda en receptáculos perfectamente cerrados.

De este modo se cubre el café de una capa semejante a barniz, la cual le conserva mucho tiempo sin perder el aroma.

Para que no se eche a perder la carne cruda con el calor se guarda en un saquito de muselina, colgado, para que no la toquen las moscas, y todos los días se moja con vinagre.

La mejor manera de impedir que el ganso o el pato resulten excesivamente grasientos al guisarlos, es cortar un trozo de limón, procurando que quede mucho blanco del que hay dentro de la corteza, y meter este limón en el ave en el momento de irla a guisar; después se saca tan pronto como esté guisado. El limón no sólo absorbe toda la grasa, sino que comunica al ave un gusto muy delicioso.

Para que no se pudran las patatas guardadas en cuevas y pozos, se echa sobre el suelo donde vayan a amontonarse, una delgada capa de cal viva finamente pulverizada. Sobre ella se pone otra capa de patatas de unos quince centímetros de espesor; luego se echa otra capa de cal, después otra de patatas y se sigue alternando las capas hasta la altura que se desee.

Dispuestos los tubérculos de este modo no se echan a perder y se contiene la putrefacción si ha comenzado ya.

Cuando la sal está húmeda, al rellenar los saleros se la mezcla con una cucharadita de harina de maíz y siempre se tendrá sal seca.

La carne cruda no debe guardarse nunca en platos, sino colgada de un gancho, sea en la despensa o dentro del armario. El jamón y el tocino se envuelven en un papel a prueba de grasa y se cuelgan de la misma manera.

NO IMPORTA



—¡Cuidado, niña! Vas a dejar caer al nene.
—No importa, señor: no es el nuestro; es el de la vecina de enfrente.

UN MARIDO COMO HAY MUCHOS



—El reloj del comedor se cayó justamente en el sitio donde había estado mamá un momento antes.
—Ese reloj anduvo siempre atrasado.

La cocina

MERLUZA A LA INGLESA

Se toma un pedazo grande de merluza, y después de limpio y sin la espina de en medio, se parte en dos, de arriba abajo. Estos dos pedazos se limpian bien de pellejo y espinas pequeñas, de modo que no queden más que los dos lomos redondos, los cuales se cortan en rebanaditas al través, de medio dedo de grueso.

Aplastadas con cuidado, se adoban con sal y zumo de limón, y se colocan sobre un cedazo para que escurran. Al cabo de un rato se enjugan con un paño, y pasándoles por manteca de vaca derretida y mezclada con yemas de huevo, se empanan y se aplastan con la hoja del cuchillo, y una vez preparadas se colocan en una cacerola o sartén con manteca de vaca derretida.

Con todas las carnes sobrantes se hace un picadillo que servirá para llenar un molde liso, y que se cocerá al bañomaría una hora antes.

Al servirse se pondrán a rehogar los trozos, cuidando que queden dorados por los dos lados; se vaciará el molde sobre la fuente, colocando encima patatas cocidas y deshechas en forma de puré, y alrededor los trozos de merluza alternados con rebanaditas de pan frito, y aparte una salsa de manteca, si se quiere.

ARROZ A LA JAPONESA

Es sabido que los japoneses son grandes consumidores de arroz cocido. Su manera de cocerlo es muy sencilla, y merece conocerse por si alguien quiere darse el gustazo de comer arroz como lo comen los héroes del Extremo Oriente.

Se lava el arroz muy bien, y después se echa en agua hirviendo y se pone al fuego. Se añade sal, y cuando ha hervido a borbotones durante un cuarto de hora, se mete la cacerola, destapada, en un horno que no esté demasiado caldeado. Al cabo de otro cuarto de hora, el agua se habrá evaporado por completo, y el arroz estará cocido sin que se haya pegado un solo grano, como suele acontecer con el arroz blanco, tal como se hace en España.

LOMO A LA ESPAÑOLA

De carne magra, y sea de la parte que sea, pues lomo se llama a toda ella vulgarmente, se hacen pedazos macizos, del tamaño de onzas de chocolate y con muy poca manteca de cerdo, en una sartén honda se fríen y doran a fuego vivo.

Para sazonarlo se echa sal, bastante pimienta y cuatro dientes de ajo muy picados, y se sigue salteando la carne para que se vaya pasando por igual.

Espolvoréase con pimiento molido, y para que no se ennegrezca éste, se moja antes la carne con un cacillo de caldo y unas gotas de limón o de vinagre.

El salteo se continúa por espacio de media hora, y después se tapa la sartén y se deja al amor de la lumbre para que la carne se esponje.

En los pueblos de Extremadura se suelen preparar de este modo los cachos de lomo, y luego se guardan en vejigas con su propia manteca, muy cargada de pimiento dulce molido y sal en grano para conservar así esta carne durante mucho tiempo y emplearla cuando es necesario sin más trabajo que pasarla de nuevo por la sartén.

UN EXPERIMENTO EN VIVO (CONFESIONES DE UN PSICÓLOGO FRACASADO)

por Félix LORENZO

Los hombres en su rápido caminar por la vida, cruzan fatalmente zonas de sombra y zonas de luz. Cuando en la hora final pueden decir que la suma de sus zonas de luz es superior a la suma de sus zonas de sombra, la humanidad los tiene por dilectos o los proclama ilustres, y guarda como una reliquia ejemplar su memoria y aun procura perpetuarla en bronces que le parecen eternales.

Yo he vagado ¡ay de mí! por [illegible] inmensidades sombrías durante [illegible] inacabables de mi existencia [illegible] por errantes lucecillas engañadoras, fuegos fatuos de la ilusión; y mil veces, al resurgir a la claridad, me he visto con el alma en vergonzosa desnudez.

....

¿Fué en la sombra como los forajidos crueles e impasibles? ¿Fué bajo esplena luz de la ciencia que hoy me parece la más angustiosa de las penumbras? Yo he cometido un crimen de esos que no castigan las leyes humanas.

....

Arrastrado por un instinto feroz que me parecía ansia investigadora, me dí muy joven a prácticas de vivisección. Inquirir con ojos ávidos los fundamentos de la vida en las entrañas calientes y palpitantes de un animalejo era para mí suprema voluptuosidad. Todavía recuerdo horrorizado mi embriaguez de una tarde en que fría y largamente contemplé los saltos ciegos de una rana descerebrada a punta de bisturí y creí deducir de ellos la verdad. Cuando la mísera alimaña quedó inmóvil, apliqué la yema de un dedo al hoyo sangriento de su cabeza y murmuré estúpidamente: "¡Bien!"

....

Gustábame relatar en casa mis proezas y hasta cobraba alientos oratorios con el pasmo de mi madre y la medrosa curiosidad de mis hermanos pequeños. En ocasiones mentía, desvariaba, como un frenético entre tinieblas, no sé si arrastrado por la atracción de lo maravilloso o nacimiento envanecido de mi fácil superioridad. Sólo, a veces, me turbaban los gestos ásperos de mi tía doña Salomé, aquella solterona de hábito negro, faz amarillenta y ojos luminosos y profundos, que era la única autoridad indiscutible en la familia. Porque solía quedársome mirando con tan sombría reprobación que me encogía el ánimo.

Un día, no tanto por justificarme a sus ojos, como por paladear su espanto, le dí a leer esa monstruosa pesadilla de Wells que se llama: "La Isla del doctor Moreau". Y cuando la hubo terminado le interrogué anhelante.

—Es una novela—dijo impávida.

—Pero una novela con fundamento real. Es como la ampliación de una miniatura, como la hipertrofia de una idea. La vivisección tiene partidarios fervorosos. Ya ves que nosotros no infligimos a los animales martirios tan horrendos. Y aunque así fuera—proseguí, tomando su silencio por confusión—el doctor Moreau quería hacerlos hombres.

Entonces la oí estupefacto esta sentencia:

—Está bien. Si sois capaces de crear el alma tenéis derecho a ser [illegible]

....

¡Crear el alma! Muchos y muy dolorosos viajes hicieron estas palabras de mis oídos a mi cerebro y de mi cerebro a mi [illegible]riferia nerviosa. Siempre he creído que el hombre, en el orden [illegible]o, es un rumiante descontento [illegible]o; pero nunca como aquella vez [illegible] ha ipacientado y encolerizado la [illegible]a digestión de una idea [illegible]. ¡[illegible] el alma! "No podemos [illegible] murmuraba poniendo en el [d]iscurso toda la sal de mi mollera que holgadamente hubiera cabido en la ventalla de un grano de mijo.—Mal podríamos convertir en un rayo de [illegible]na luz un puñado de la nada los [illegible] no hemos conseguido en[illegible] [illegible]a cerilla en el vacío relati[illegible] [illegible] una máquina neumática. Pero [illegible] las carnes [illegible] con la mirada la hendidura; hallar en los senos oscuros, entre [illegible]ntes de sangre y vibraciones de nervios el alma ya creada, como un minero encuentra el diamante; convertirla en cosa palpable, amasarla con nuestras manos, infundirla nuestro calor y volverla a volatizar al soplo inmaterial de nuestro deseo, diciéndole: vuelve al cuerpo de donde te arranqué y vive desde ahora para mí, porque a mí quedas [illegible] para siempre por un hilillo in[illegible]: todo eso, ¿no es cómo crearla? Pues eso sí, señora tía; eso [illegible] hacerlo un aprendiz de sabio que ya consigue descubrir el órgano de la orientación en el cerebro de una rana.

II

Todas las tardes, cuando acabábamos de comer y luego de breve sobremesa, mi tía se ponía en pie murmurando una rápida oración, arreglábase el hábito con un airoso manoteo lleno de elegancia y se encerraba en su dormitorio. De puro familiar, nunca este hecho había excitado mi atención; pero desde que decidí tomar a la infeliz solterona por conejillo de indias, los más leves detalles de su vida empezaron a parecerme próvidos campos de experimentación llenos de promesas. El ojo de la cerradura, galeoto vulgar de viles curiosidades, fué para mí instrumento científico revelador de los misterios de ultravida. ¡Cuántas veces martiricé mi pupila insaciable en aquel microscopio de almas!

Si fenómenos que yo he soñado y de los cuales hablaré algún día, fuesen ciertos, la indefensa doña Salomé habría sentido, cuando yo profanaba su soledad, que una succión inexplicable le aspiraba el alma, como las ventosas del pulpo chupan la sangre. En mí la sensación era bien clara. Parecíame que el tirón de mis miradas absorvían todo lo material—los muros, los muebles, el cuerpo mortal de mi tía—hasta dejar solo y desamparado, flotando en un vacío tenebroso, algo como jirón de claro cendal iluminado por tenue resplandor. Y aquella nubecita vagarosa era el espíritu de mis ansias, mi espíritu, mi presa.

Mil veces devoré la silenciosa [tra]gedia que entonces—¡ah, bárbaro!—se me antojaba sainete para reír. Doña Salomé, apenas se veía aislada en su alcoba—aquel habitáculo limpio y humilde que parecía una celda—sacaba del fondo del armario un cofrecillo de madera, y del cofrecillo un retrato: el de un hombre vestido de mil[itar] al estilo de 30 años antes, joven y gallardo, con bigote y mosca. ¡[illegible] vulgar!—diréis. No. Lo habría sido acaso en los años remotos, cuando aquel mancebo hablaba de amor como todos los mancebos y se retorcía las guías del mostacho y repiqueteaba en las losas de la calle con la contera del sable saltarín. Ahora, él dormía en el frío eterno y ella tenía surcos en la frente y se cubría el fuego que fué gentil con unos paños hoscos.

Nunca he visto brillar así, con fulguración tan pura un alma solitari[a]. Aquella transfiguración del rostro, aquella unción con que las pálidas manos alzaban la efigie lentamente hasta los labios, aquel temblor de ala de mariposa con que los labios la rozaban apenas mientras en los ojos, fijos en lo alto, gemía una oración... Yo recuerdo como la presión de los labios de mi madre derramaba por mi frente un suave calor transpirado del alma, y sé como al besar la carne de mis hijos he sentido germinar en ella flores de mi espíritu. Pero aq[uel] [illegible] alado, como estampado en el ai[re] por unos labios de sombra.

....

Robó el retrato. Y [illegible] en una ausencia de doña Salomé, [illegible]rdemente la arquita de su[s] [illegible]. me decía a mí mismo con un [le]nguaje inefable, pero perfectamente [ci]entífico: "Aquí está el alma: [mi mano] no es la mano del ladrón, sino la [de]l rebuscador de la verdad, que, armada

LA PREGUNTITA



—¿Qué se sirve, señor?, ¿corte de barba?, ¿de pelo?
—¡No! ¡de las cejas!

de bisturí va a encontrar el secreto de la vida". Y procedí a experimentar con sangre fría y ojos atentos.

Esperaba interrogaciones ansiosas, pesquisas desoladas, y no las hubo. Primero tomé aquel silencio de mi tía por estoicismo. Luego comprendí que no hablaba por no revelar su secreto, que debía serlo para mi misma madre. A ratos me miraba de un modo enigmático. Sin duda sospechaba de mí; pero la duda que fluctuaba en sus ojos más bien que hacia fuera, se proyectaba hacia dentro. No era un descarado y colérico "¿serás tú?" sino un profundo y doloroso "será él?".

Adelgazaba la infeliz y se entenebrecía. Hasta sus ojos que yo había creído inmarcesibles por divina gracia, aquellos ojos que habían resurgido frescos y claros del juego de las lágrimas, como surgen las perlas del fondo amargo de los mares, perdieron su fulgor. Yo acechaba, analizaba. "Veamos—me decía—cómo se transforma la materia cuando se le arranca el alma; y si un día quiero devolverle el alma, veremos y aprenderemos cómo la materia florece..."

Una tarde, cuando terminaba nuestro almuerzo, mi tía habló a mi madre de este modo: "Tus hijos ya están criados. Este — yo — es un hombre y tiene carrera. Mi presencia aquí ya es inútil, puesto que sólo prometí endulzar con mi compañía tu viudez mientras los niños necesitaran dos madres. Cumplida mi misión en el mundo, mañana seré monja. Quiero consagrar a Dios mis últimos alientos."

¡Y no me conmoví! Ni el lloro sin consuelo de mis hermanitos, ni la trágica desolación que ensombrecía el rostro de mi madre, ni aquel desgarrador adiós a la vida de la santa mujer que tantas veces había dado el calor de su regazo a la vil humanidad de este sabio en ciernes... ¡Ah! Yo estaba ciego. Era más inconsciente que el leño que da pasto a la lama que le devora. Era una llama que se devora a sí misma en el más estéril de los incendios.

Doña Salomé fué monja. Doña Salomé fué santa y se extinguió consumida en el amor a Dios, que le había abrazado dulcemente toda su vida. Doña Salomé murió sumergida en la oración como el sol se hunde en el mar a los ojos de los navegantes...

Y yo, desde entonces, confeso ante mí mismo de la más horrenda crueldad que hayan perpetrado los hombres, aun sueño con un rayo de luz que hienda los nubarrones que me oprimen el alma. Porque ahora es mi alma la que vive presa de otra que flota y gira en derredor suyo, ya como un nimbo de oro, ya como un viento de tempestad; ahora soy yo el "sujeto" dilacerado por congojas insufribles, mil veces más frías y afiladas que el bisturí; pero cuando en mi insomnio creo ver aquellos ojos que me amaron tanto, quiero pensar que me dicen mansamente, sin rencor y para disipar mis zozobras, como los labios me decían cuando niño: "Bribonzuelo, bribonzuelo... ¿por qué fuiste curioso!..."

NUESTRA CUITA

Inundados de lágrimas los ojos,
desbordando de pena el corazón,
he vuelto a ver la senda y la casita
donde forjé un poema de ilusión.
Volví por esa senda inolvidable
que en mi retina la ilusión dejó,
y al realizar este ferviente anhelo
todo el recuerdo del ayer surgió.
Anonadada, sin hallar palabras
con que expresar mi loco pensamiento,
fuí contigo, otra vez, por los lugares
donde llené mi vida de contento.
Todo estaba lo mismo que en otrora:
las humildes casitas, la arboleda
guardando la calleja solitaria,
en donde nada de nosotros queda...
¡Qué amargura infinita; qué nostalgia!
¡Qué ansiedad tan profunda me oprimía
al acercarse mi doliente sombra
a la casuca abandonada y fría!
Me interné en el portal de la vivienda
donde aprendí a quererte y a esperar...
¡Donde fuí inmensamente venturosa,
donde vibró más hondo mi cantar!
Vi el jardincito lleno de malezas,
el cerco sin sus rosas... sólo hallaste
dos o tres muy pequeñas que al cortarlas
como tierna ilusión, las deshojaste!
La muralla del fondo carcomida,
parecía decirme sentenciosa:
"¿Qué buscas? El pasado nunca vuelve,
se oculta bajo fría y negra losa".
Y una sombra eras tú junto a mi sombra,
dos sombras que vagaban anhelantes
ansiando entre las sombras del pasado
la dicha y el ensueño ya distantes.
Busqué tus ojos, tú no me mirabas...
Quise oprimir tus manos cariñosas,
pero tú, pensativo, anonadado,
añorabas quizá las mismas cosas.
Temblando de emoción, con doble pena
contemplé el jardincito abandonado,
sin flores, sin arrullos, exhalando
sólo un vago perfume del pasado!
¡Qué profundo silencio! Parecía
que las aves y el alma de las cosas
habían emigrado a otros lugares
robando hasta el perfume de las rosas!
Ni una voz respondía a mis ternuras
como si todo aquello hubiese muerto,
ni rumores de besos en la casa,
ni avecillas ni flores en el huerto.
No encontré una palabra, una mirada
que respondiese a mi ansiedad bendita,
y así nos separamos esa tarde
guardando silenciosos nuestra cuita.

Clorisa Cariola de Diego Arbo.

El origen de los ferrocarriles

Las locomotoras de vapor—recuerda "Noi e il Mondo"—por las que se inmortalizaron los nombres de Papin, de Savary, de Hull, de Joffroy, de Watt, de Trevethick y de Stephenson, eran en verdad motores; pero si no se hubieran preparado convenientemente los caminos habrían permanecido inutilizables para el acarreo de los convoyes.

Desde 1650 en las minas de carbón inglesas se usaban carriles de madera con traviesas de hierro para las carretillas de transporte.

En 1776 Benjamín introducía en las minas de Sheffield los primeros carriles fundidos, pero hasta 1820 no fueron construídos, por Juan Berkinshaw, carriles de forma redondeada y de 15 pies de longitud cada segmento. Esta puede ser considerada como la forma primitiva del actual sistema de carriles.

El 22 de mayo de 1822 fué puesto el primer carril de la línea Darlington-Stockton.

Desde aquel día debe contarse el principio de los ferrocarriles.

Esa línea, de apenas nueve millas inglesas (entonces pareció grandiosa), fué inaugurada el 7 de septiembre de 1825 con un tren de 34 vehículos, 22 de los cuales para el transporte de personas.

El primer viaje se hizo en cincuenta y cinco minutos: ¡algo así como quince kilómetros por hora!

Música

Hemos recibido las siguientes composiciones:

Mary, vals para piano, por Alfredo de Treviño. Carátula de Oñiverta.

¡Eternamente!, vals para piano, por M. E. Garzón.

Mi viejita, estilo criollo, para piano. Música de Enrique Salas Ríos. Letra de Jorge Santos.

Cachicho, tango para piano, por M. E. Garzón.

Encomiendas internas

Una brillante actuación

Después de un año y medio de intensa labor y de ardientes sacrificios, el señor don Angel Radaelli ha entregado recientemente la oficina de Encomiendas Internas al nuevo jefe nombrado por la dirección general. El señor Radaelli que tiene la categoría de inspector de primera, cuando se hizo cargo de la mencionada oficina encontró que el desorden y la pésima administración reinaban desde los peones hasta los empleados superiores. Siendo éstos de deficiente criterio administrativo, el personal trabajaba bajo una indulgencia rayana en la desidia, de manera que su funcionamiento traía por consecuencia pérdidas de encomiendas, sustraciones, malos envíos, etc. Fué entonces que la dirección general decidió nombrar al señor Radaelli para reorganizar esa oficina desprestigiada hasta tal punto que las altas firmas comerciales preferían no expedir sus encomiendas por la escasa seguridad que se les ofrecía. El inspector aludido, cuya firmeza de carácter, rectitud y hombría había puesto de manifiesto en las difíciles reorganizaciones que los altos funcionarios de correos y telégrafos le habían encomendado, como la oficina de Córdoba, Neuquén, Paraná, etc., trabajó con ahinco y perseverancia hasta conseguir la completa normalización de esa oficina que hoy forma una importante rama de la repartición aludida. Antes apenas si se lograban recibir dos mil encomiendas mensuales, hoy se despachan veintiocho mil. Antes el personal sumaba ciento veinte empleados, hoy llega a setecientos. Bajo su excelente administración, las casas de comercio más importantes confían sus encomiendas, el personal de ambos sexos trabaja con conciencia, los encargados de turnos se desempeñan bajo los altos ideales que le animan a su jefe, la oficina es considerada como una importante arteria vital. El señor Angel Radaelli puede considerarse satisfecho. Una vez más ha puesto en evidencia el elevado criterio administrativo adquirido durante veinticuatro años de trabajo. Empleados como éste necesitaría la repartición de correos y telégrafos para reorganizar la deplorable administración de la pasada presidencia.

SALVADA,

por Guy de MAUPASSANT

I

La marquesita de Renedón entró como una bala que perfora un vidrio, y empezó a reirse antes de hablar, a reirse hasta llorar, como lo había hecho un mes antes anunciando a su amiga que había engañado al marqués por vengarse, nada más que por vengarse y sólo una vez, y esto porque era, a decir verdad, demasiado estúpido y demasiado celoso.

La baronesita de Grangerie había arrojado sobre el canapé el libro que leía y miraba a Anita con curiosidad y riéndose también.

Por fin la preguntó:

—¿Pero qué es lo que has hecho?

—¡Oh querida mía!... querida mía... es muy chistoso... ¡muy chistoso!... figúrate... estoy salvada... ¡salvada!...

—¿Cómo salvada?

—Sí, ¡salvada!

—¿De quién?

—De mi marido, querida, ¡salvada! ¡Desencadenada! ¡libre! ¡libre! ¡libre!

—¿Cómo libre?

—¡Oh, el divorcio!

—¿Estás divorciada?

—¡Qué tonta eres! todavía no. ¿Crees que se divorcia una en tres horas? Pero tengo pruebas... pruebas... de que me engaña... figúrate, en flagrante delito...

—¡Oh! ¡oh! cuéntame eso. ¿De modo que te engañaba?

—Sí... es decir, no... digo, si y no... no sé. En fin, lo esencial es que tengo pruebas.

—¿Qué has hecho para tenerlas?

—¿Qué he hecho? ¡Oh! he sido lista, extraordinariamente lista. Hacía tres meses que se había vuelto aborrecible, completamente aborrecible, brutal, grosero, despótico, innoble, en fin. Entonces me dije: Esto no puede durar, tengo que divorciarme. ¿Pero cómo? La cosa no es fácil. Intenté hacer que me pegase, pero no quiso, me contrariaba todo el día, me obligaba a salir cuando no quería, a quedarme en casa cuando deseaba comer fuera y hacía mi vida insoportable desde el principio al fin de la semana, pero no me pegaba.

‘‘Entonces procuré saber si tenía alguna querida. En efecto, tenía una, pero tomaba mil precauciones para ir a su casa y era imposible sorprenderles juntos. Entonces, ¿a ver si adivinas lo que hice?

No adivino.

—¡Oh! no lo adivinarías nunca. Rogué a mi hermano que me procurase una fotografía de esa muchacha.

—¿De la querida de tu marido?

—Sí. Le costó a Santiago quince luises, el gasto de una noche desde las siete hasta las doce, incluída la cena, a sea a razón de tres luises por hora, y en suma le sacó la fotografía.

—Me parece que hubiera podido obtenerla empleando una astucia cualquiera y... sin necesidad de tomar al mismo tiempo el original.

—¡Oh! como es bonita, el lance no le desagradaba a Santiago. Por otra parte yo necesitaba detalles físicos de su talle, de su pecho, del color de su cara, en fin, de mil cosas.

—No lo entiendo.

—Ya verás. Cuando supe todo lo que deseaba saber me fuí a casa de un... ¡cómo diría?... de un hombre de negocios... ya sabes... de uno de esos hombres que hacen negocios... de todas clases... Agentes de... de publicidad y complicidad... uno de esos... en fin, ya me entiendes.

—Sí, casi casi. ¿Y qué le digiste?

—Le dije enseñándole la fotografía de Clarisa (se llama Clarisa): ‘‘Caballero, necesito una sirvienta que se parezca a esta. La quiero bonita, elegante, fina, limpia. Le pagaré lo que me pida, aunque me cueste diez mil francos. No la necesitaré más que por tres meses’’.

Aquel hombre parecía asombrado y me preguntó: ‘‘¿La señora desea una mujer intachable?’’

Yo me ruboricé y le respondí:

—En cuanto a probidad, sí.

—¿Y en cuanto a costumbres?—me preguntó.

No me atreví a contestar y me limité a hacer un movimiento de cabeza que quería decir: no. Después, comprendí de pronto que aquel hombre había concebido una horrible sospecha, y exclamé perdiendo la serenidad: ‘‘¡Oh! caballero... es para mi marido... que me engaña... que me engaña fuera de casa... y yo quiero... que me engañe en ella... ¿comprendo usted?... se trata de sorprenderle’’.

Entonces el agente se echó a reir y yo conocí por sus miradas que me había devuelto su estimación, y que hasta me juzgaba muy ingeniosa. Hubiera apostado cualquier cosa a que en aquel momento sentía deseos de estrecharme la mano.

‘‘—Señora —me dijo— dentro de ocho días tendrá usted lo que desea. Podremos cambiar de persona si es preciso. Yo respondo del éxito y no pagará usted nada hasta después de conseguir el resultado. ¿De modo que esta fotografía es la de la querida de su señor marido?’’—‘‘Sí, señor’’.—¡Muy guapa! ¡Una delgada que engaña! ¿Y qué perfume desea usted?’’—Yo no comprendía y repetí. ‘‘¿Cómo, que perfume?’’—Él se sonrió y repuso:—‘‘Sí, señora, el perfume es esencial para seducir a un hombre, pues le inspira recuerdos inconscientes que le disponen para la acción; el perfume establece confusiones obscuras en su ánimo, le turba y le enerva recordándole sus placeres. Sería preciso averiguar también lo que acostumbra comer su señor marido cuando va con esa señora y así podría servirle los mismos platos la noche en que trate de sorprenderle. ¡Oh! le tenemos cogido, señora, ¡completamente cogido!’’

Salí de allí encantada, había dado con un hombre verdaderamente hábil.

II

Tres días después se presentó en mi casa una muchacha alta, morena, muy guapa, de aire modesto y desenvuelto a la vez, un aire singular de muchacha corrida. Estuvo muy respetuosa conmigo. Como ya sabía yo quien era la llamé ‘‘señorita’’, y entonces ella me dijo: ‘‘¡Oh! puede la señora llamarme sencillamente Rosa’’. Y empezamos a hablar.

—Bueno Rosa, ¿sabe usted ya a lo que viene aquí?

—Lo sospecho, señora.

—Muy bien, hija, y... ¿no tendrá usted reparo?...

—¡Oh! señora, este es el octavo divorcio que hago; ya estoy acostumbrada.

—Muy bien. ¿Necesitará usted mucho tiempo para conseguirlo?

—¡Oh! señora, eso depende en absoluto del temperamento del señor. Cuando le haya visto y haya hablado con él cinco minutos, podré responder a la señora con exactitud.

—Lo verá usted en seguida, hija mía. Pero le advierto que no es guapo.

—No importa, señora. He separado ya a tres feos. Pero he de preguntarle a la señora si se ha informado del perfume.

—Sí, mi buena Rosa, la verbena.

—Me alegro, señora, porque me gusta mucho ese olor. ¿Puede decirme también la señora si la querida del señor usa ropa de seda?

—No, hija mía, batista con encajes.

—¡Oh! entonces es una persona distinguida, porque la ropa de seda se va haciendo ordinaria.

—Es verdad.

—Bueno, señora, entonces empezaré mis quehaceres, si le parece.

Y en efecto, inmediatamente empezó a trabajar, como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida.

Una hora después llegó mi marido y Rosa no fijó siquiera sus ojos en él, pero en cambio los fijó él en ella. Rosa trascendía a verbena, y al cabo de cinco minutos se separó de nuestro lado.

—¿Quién es esta muchacha?— me preguntó en seguida mi marido.

—Es una doncella nueva.

—¿Quién te la ha proporcionado?

—La baronesa de Grangerie, que me ha dado muy buenos informes de ella.

—¡Oh! es bastante guapa.

—Le parece a usted...

—Sí... demasiado para doncella.

Yo estaba maravillada, porque veía que ya empezaba a morder el anzuelo.

Aquella misma noche, Rosa me decía:

—Ahora puedo prometer a la señora que no tardaremos quince días. El señor es muy fácil.

—¡Ah! ¿ha hecho usted ya alguna prueba?

—No, señora, pero se ve al primer golpe de vista y se le notan ganas de abrazarme cuando pasa junto a mí.

—¿No le ha dicho aun nada?

—No, señora, únicamente me ha preguntado mi nombre... para oir mi voz.

—Muy bien, Rosa. Vaya usted lo más deprisa que pueda.

—No tema la señora. Sólo resistiré el tiempo necesario para no despreciar mi persona.

Al cabo de ocho días mi marido no salía ya apenas y yo le veía rondar toda la tarde por la casa. Lo más significativo del caso, era que no me impedía ya salir, y yo estaba todo el día en la calle... pero... para dejarle libre.

Al noveno día, cuando Rosa me desnudaba, me dijo con aire tímido:

—Señora, ya está hecho... esta mañana.

Yo me quedé algo sorprendida y un tanto emocionada, no por el hecho, sino por la manera como me lo había dicho, y balbuceé:

—Y... ¿ha ido todo... bien?

—Oh! Muy bien, señora. Hacía ya tres días que me asediaba, pero no quiso ir demasiado aprisa. Ya me dirá la señora para cuando desea el flagrante delito.

—¡Oh, hija mía!... Mire usted... Dejémoslo para el jueves...

—Sea para el jueves, señora. Hasta entonces no le haré al señor ninguna concesión a fin de tenerle en espera.

—¿Está usted segura de no errar el golpe?

—¡Oh. sí, señora, segurísima! Voy a excitarle de modo que podrá usted escoger la hora que quiera.

—Las cinco.

—Bien, las cinco, señora. ¿Y en donde?

—Pues... en mi cuarto.

—Convenido, en el cuarto de la señora.

Entonces, querida mía, ya comprenderás lo que hice. Fuí a buscar primero a papá y a mamá, y después a mi tío el presidente Orvelin, y al juez señor Raplet, el amigo de mi marido. No les dije nada de lo que iba a descubrirles. Les hice entrar a todos de puntillas hasta la puerta de mi cuarto y esperé las cinco... las cinco en punto... ¡Oh! ¡cómo me palpitaba el corazón! Había hecho subir también al portero para tener un testigo más. Luego... en el momento en que el reloj empezó a sonar, ¡pan!, abro la puerta de par en par... ¡Aaaah! estaban en lo más interesante, querida mía. ¡Oh! ¡Qué cara puso!... ¡Qué cara!... ¡Si lo hubieses visto!... El imbécil se volvió hacia la pared... ¡Ah! ¡Qué raro estaba!... Yo me reía... me reía... Y papá, enfadado, quería pegarle... Y el portero, un buen hombre, le ayudaba a vestirse... delante de nosotros... delante de todos... ¡Le abrochaba los tirantes!... ¡Oh! ¡Créeme que fué muy gracioso! Respecto a Rosa estuvo magistral, admirable... perfectísima... ¡Lloraba, lloraba muy bien! ¡Es una alhaja! Si alguna vez la necesitas, te la recomiendo.

Y aquí me tienes... He venido corriendo a contártelo todo... todo. Ya soy libre. ¡Viva el divorcio!

Y se puso a bailar en medio del salón, mientras que la baronesita, contrariada y pensativa, murmuraba:

—¿Por qué no me invitaste a ver todo eso?

El mapa más grande del mundo

La República de Guatemala posee, tal vez, el mapa más grande del mundo. Abarca como una hectárea de extensión. Se puede ver en él cada pueblo, arroyo y lago del país. Dicho mapa está hecho de concreto, exigiéndose unos dos años para hacerse, con un costo total de $ 200.000 oro. El propósito del mapa es hacer fácil a los capitalistas hallar un lugar en que invertir su dinero, pues por medio de él pueden verse en seguida cuál es la topografía de la parte del país donde quieran comprar.

LAS VERDADES DEL BARQUERO

por Miguel de UNAMUNO

En una ocasión — de esto hace ya varios años — estaba uno de mis hijos "creando" arabescos con un lápiz sobre un papel. Creando es la palabra. ¿De la nada? De la nada no, pero del azar sí. Pues no le guiaba idea alguna previa. No iba a dar forma a tal o cual imagen de su fantasía sino que buscaba, al azar de los trazos, la imagen. Iba a lo que le saliera. Y hacía líneas cerradas, círculos y óvalos que se entrecruzaban, arabescos en fin. Una especie de dibujos cubistas, sólo que curvilíneos y no rectilíneos.

De pronto "le salió" una figura como la que va aquí adjunta — y que copio del original que conservo — y al verla, exclamó: "¡Anda! ¡una vieja!". Y yo que lo oía le pregunté cómo veía la vieja allí. Y entre los dos contemplamos la figura tal como se ve en la segunda.

Esto me dió qué pensar sobre el proceso de la creación artística.

El niño no se proponía dibujar una vieja ni otra figura representativa alguna; el niño no se proponía sino distraerse dando juego a la fantasía. Acaso satisfacer un instinto artístico recreativo y buscar formas nuevas. ¿Cómo? Al azar. Y después de haber hecho los trazos de la figura, vió en ella una vieja: descubrió que era la representación de una vieja.



"Si sale con barbas San Antón y si no la Purísima Concepción". He aquí un dicho decidero que encierra mucha más doctrina estética — o mejor, artística — de lo que se cree. Y os aseguro que las representaciones más significativas, más firmes, más bellas, suelen ser aquellas en que el artista va a lo que salga. Diríase que es la obra misma la que lleva la mano del artífice, y por caminos que éste ignoraba. Es la obra que se hace a sí misma.

Y si esto ocurre en las artes plásticas, en el dibujo, en la pintura, en la escultura, ocurre también algo análogo en el arte literario. Y más en la poesía. ¿Qué es la rima — la rima generadora, como se ha dicho — sino un elemento de azar que nos sugiere imágenes? Para colocar un consonante se descubre una metáfora. Lo que se ve en el Dante acaso más que en otro rimador.

De mí, que he hecho no pocos versos, sé deciros que las poesías que me han resultado más unas, más de una pieza, más enteras, son aquellas en que al escribir el primer verso no sabía lo que habría de decir después. Cada verso sacaba al que le seguía. Y la unidad del conjunto dependía de la unidad de mi estado de ánimo. No era una unidad de concepto, sino de sentimiento.

Y estos mismos artículos, o pequeños ensayos, u hojas sueltas, que suelen ser — sin petulancia lo digo — pequeños poemas en prosa, me salen a las veces como le salió la vieja a mi hijo. Ni yo sé cuando los empiezo cómo van a acabar. Es decir, yo soy acaso el que menos lo sé. Y esta es la verdadera creación artística.

Y no sólo artículos breves, sino obras de mayor extensión surgen así. De la decena de novelas, entre largas y cortas, que llevo publicadas, no hay acaso ninguna que tenga la unidad íntima, esencial, profunda, que "Niebla", a pesar de su constante divagación, y esa novela la comencé al azar, creando sus personajes según la escribía. Eran más bien ellos los que se iban haciendo. Y tengo la íntima convicción, de que no participan los más de mis lectores habituales, de que el Augusto Pérez de mi "Niebla" es un personaje tan de una pieza, tan uno, tan lleno de vida, tan representativo, tan criatura en fin, como el Alejandro Gómez de mi "Nada menos que todo un hombre" (que forma parte de mis "Tres novelas ejemplares y un prólogo") que pasa por ser la figura de más relieve y más vida que he logrado crear. Aquel pobre hombre pasivo, que se deja hacer y vivir, es tan criatura, tan yo, tan real, tan propio, como este varón activo, que hace y vive y crea.

No es sólo un carácter lo que en dramaturgia se llama así. A las veces lo característico de un hombre es no tener eso que se llama por excelencia un carácter. También la niebla tiene contornos y cabe dibujar la niebla.

Pero el arabesco no es precisamente la niebla. El arabesco es lo que no obedece a una lógica de finalidad práctica. Como no suelen obedecer a ella muchos de estos pequeños ensayos. Cosa que no satisface a los lectores de instintos instructivos, enciclopédicos o pedagógicos, los que van a buscar la lección o la tesis. Y estos tales harán mejor en ir al sermón o al mitin o a la conferencia que no en leerme, en estos casos.

Lo que da ese tono ferozmente — esta es la palabra — didáctico a lo más de nuestra literatura clásica castellana es que no era literatura creativa poética, sino constructiva, oratoria, literatura de sermón; era de lección y no de pura contemplación. Cuando la más fuerte, la más profunda lección es la que nos da la contemplación desinteresada.

Paso hoy en España por ser el publicista más tendencioso y se dice de mí que en vez de hacer arte puro, literatura, hago campañas políticas. Y no es así. Lo que hago es historia. La hago y la escribo. Hago historia escribiendo y contando la historia del día, la coetánea, la del momento. Y lo que hay es que como no callo nada de lo que veo y oigo y siento y suelto la queja siempre que me duele la realidad y no me propongo al contar historia otra cosa que hacerla, las gentes se desconciertan. Sin percatarse de que el éxito de mis campañas se debe a su carácter artístico, a su valor creativo. No voy buscando la vieja, sino que, como le sucedía a mi hijo, me la encuentro en mis creaciones. Y éstas son las verdades del barquero.

Cuando hace poco me excitaba Enrique Gómez Carrillo a que dejase la política y me consagrara a la literatura tan sólo, no se percataba de que mi política es literatura, o mejor: poesía, y que mi poesía es política.

Estos mismos ensayos, en apariencia, al azar de la improvisación, son mucho más políticos-civiles de lo que parecen. ¿Que cómo?

SI LA MODA CUAJARA



A los aviadores les ha dado por casarse en aeroplano, ¿por qué no habrían de imitarlos los demás, casándose cada cual en el ambiente de su oficio?

"Episodios Rojos"

Llega a nuestra mesa de redacción el primer número de una revista semanal, que lleva por título el mismo con que encabezamos estas líneas.

Como su nombre lo indica, dicha publicación se propone cultivar un género de novela popular impresionante y de hondo interés, al que son adeptos muchos lectores. Esta circunstancia permite suponer que la nueva revista que nos ocupa, ha de difundirse y arraigarse rápidamente entre el público.

La edición inicial contiene una interesante producción del conocido escritor argentino Alberto Ghiraldo, titulada "La historia de Gorrita. (Páginas del destierro)", "La m... de Margot", por Santiago Dallegri y "Relieves sociales. La hija del verdugo" por Federico Montseny.

Deseamos al nuevo colega, el más ... éxito.

PÁGINA INFANTIL. — Aventuras de Pipirí











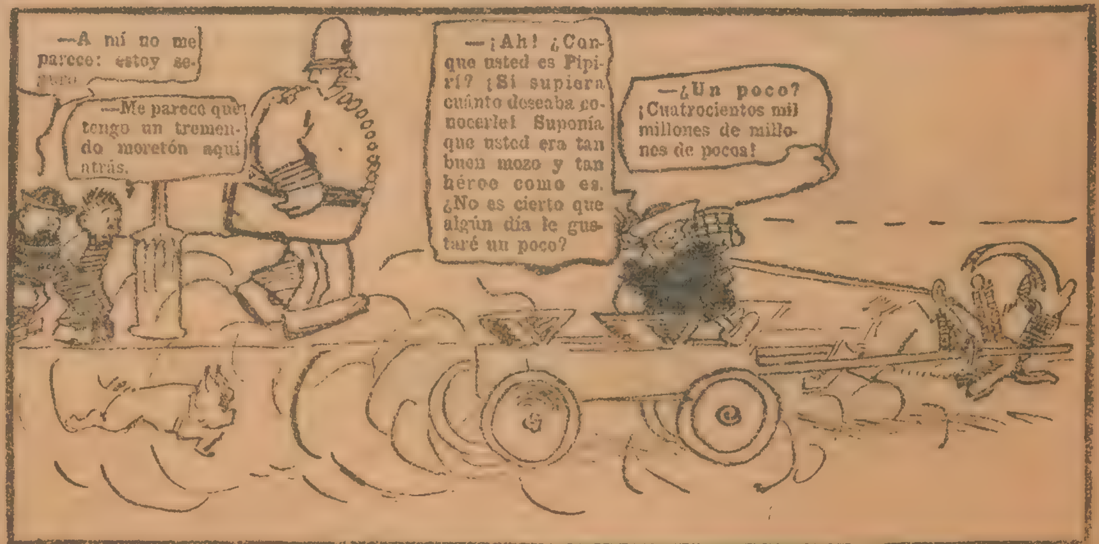












LAS ÚLTIMAS NOVEDADES DE LA MODA

Las pequeñas cosas que completan el atavío femenino, son las que dan las notas más acentuadas de buen gusto y elegancia; así la mujer coqueta y que en realidad se preocupa de su persona, a ellas debe dedicar su mayor atención.

Caprichosa y desigual, la Moda, en los guantes extrema sus veleidades, a veces los alarga hasta cubrir el brazo, los recoge otras en la muñeca, los borda caprichosamente o los brinda de la más exagerada sencillez, de color los prescribe con frecuencia, "dain", "fauve" o se resuelve tan pronto por los negros como otorga a los blancos la supremacía.

En los momentos actuales, después de haber oscilado entre el "dain" y el negro, se declara partidaria del blanco y en armonía brillante de colores fuertes y reflejos metálicos, bajo la serpiente que se enrosca en el brazo, se arruga el guante blanco destacándose en la barandilla de un palco o irisando su blancura sobre el negro frac del caballero que lleva la dama a los compases del "shimmy", el baile favorito por excelencia.

Hay marcada tendencia a los cueros flexibles, que moldean suavemente el pie, reina sobre todo la gamuza en todos los tonos del marrón y mucho al negro; estos con la cabritilla mate son los colores de zapatos por excelencia para vestir; pero la Moda tiene una marcada tendencia a la armonía de tonos y señala con bastante acentuación el zapato y la media del color del vestido; lógicamente se desprende así, desde que los tonos fuertes y metálicos, los ricos brochados deben armonizar con los zapatos brochados y, naturalmente del color y con iguales irisaciones que el traje.

Para la calle va la cabritilla charolada, con el zapato abotinado y también se lleva el "trotteur" marrón, la piel de seda vuelve a iniciarse con insistencia.

Dentro de la armonía del color sigue la media, el gusto actual; triunfa el color carne en la media de malla abierta (resille de soie) y vuelven las esclavas con broches de brillantes, zafiros, rubíes o esmeraldas a adornar el tobillo; la media de seda con cuchillas caladas marrón, "fauve" y "dain" en otra favorita de la tirana y con el éxito obtenido por el tul "Neige" vuelven las medias blancas y negras a llamar la atención de las damas.

Las telas bonitas hacen las lindas modas, y en esta la elección es amplia y difícil para una mujer coqueta, que estudia cómo ha de resultar más graciosa, si envolviendo su silueta en los artísticos pliegues del terciopelo "Salambró" o destacando sus líneas en las caprichosas ondas del "crêpe marocain", el "Drap d'or charmante", el "Clocky Lamé" o el satín soleil motif egiptien" cuyos brillantes reflejos tanto realzan la belleza femenina.

Era una muchacha buena...

por **Luis María ALVAREZ**

En mi barrio excéntrico las alegrías son domingueras. Las lindas muchachitas de la vecindad tienen en sus ojos más fulgor, en sus labios más arrebol, los días del asueto, los días de la alegría, los domingos. Son pajarillos que gozan de la libertad... Yo las contemplo extasiado. Todas son bonitas... o por lo menos semejan serlo desde cierta distancia. Hay en el conjunto como un efecto de magia: cambió el aspecto de la vecindad de un día para otro. El domingo ríe el pobre como el rico. Es como una obligación... Lo mismo viste la modesta empleadilla, que la bien rolliza hija del burgués. Hay alegría en los rostros: Un tango quejumbroso bulle en la imaginación de la linda obrerita. O una poesía de arrabal. O un poema pletórico de sencillez, de verdad y de amargura. Quizá la musa de Carriego: "La costurerita que dió aquel mal paso"...

Un corro de muchachas se ha formado. Son las amigas de mi vecindad que juntas al empleo van. En la puerta de la casa de Juanita, una morocha de rostro expresivo—no pasó los veinte años,—conversan las compañeras. Son cinco: Juanita, Rosa, Amalia, Enriqueta y Trinidad. Su charla es alborotada. Y charlan, parlotean... Rosa, Rosita, cual la llaman entre ellas, refiere una historia.

—Era una muchacha buena...—dice.

Y Juanita, Amalia, Enriqueta y Trinidad la oyen en silencio. Ya ninguna de estas canoras avecillas traviesas de mi vecindad, interrumpen u opinan en forma pueril. Todas son oídos.

—Era una muchacha buena...—repite Rosita.

Y cuenta la vida de una jovencita, muy joven y muy bella, que dejó el hogar... lo mismo que aquella de Carriego: "Y lo peor de todo, sin necesidad".

—Hoy—dice Rosita—es su cumpleaños; y en la casa llora su ausencia la madrecita de las manos finas y los nevados cabellos largos...

Las amigas permanecen silenciosas. Es un silencio delator. Quizá todas pensaron, una vez, huir de la paterna casa. Un príncipe azul, el de las 18 en Florida, las sedujo con palabras sutiles. O las sedujo con un automóvil... Quizá alguna de ellas empieza en la senda resbaladiza... ¡Oh, esa historia!... ¿Para qué la habrá referido Rosita? Pero, ¡bah!... Rosita es muy sentimental. La historia es cierta. La madrecita, que todas saben dónde vive, llorará a la hijita buena que se fué y pecó... Pero ¿a qué estas recordaciones? Y hechas ahora, precisamente cuando ellas tienen pensado ir a la sección violeta del cinema del barrio. Precisamente cuando Raúl y Eduardo concurrirán al cinema y allí con ellas conversarán... ¡Oh, esta Rosita!... Las ha puesto malhumoradas. Y sin razón. Ellas no irán en pos del efebo que las subyugue. Ellas ven la vida con más claridad. Ellas se dejan amar: ellas no aman... La otra, la amiga de la costurerita de Carriego, "era una mujer buena... y amó"...

—¡Era una tonta! ¡No conocía a los hombres!...—exclama Amalia.

Y han reído las amigas. Irán al cinema. Raúl y Eduardo las acompañarán. Olvidaron la historia de aquella infeliz. No temen su repetición. Ellas no son tontas. Ellas no aman... Ellas se dejan amar... ¡Oh!, la otra, ya lo demostró Rosita: "Era una muchacha buena... y amó!...

PARA COMBATIR LA LATA



—No sé si conoce usted aquel cuento de dos italianos...
—Conozco uno de cinco italianos.

¿DÓNDE ESTUVISTE, PIERROT?

¿Dónde estuviste, Pierrot,
que no te he visto en la fiesta?
¿Dónde estuviste? Contesta.
¿No puedo saberlo yo?

No estabas entre los coches
luciendo tus piruetas,
y al rumor de las cornetas
no has mezclado en estas noches

tu risa funambulesca;
ni has puesto tus besos sabios
sobre los muy rojos labios
de alguna boquita fresca.

No sé que tus gracias, finas
como flores deshojadas,
hayan ido en las aladas
curvas de las serpentinas;

ni sé de esas travesuras
dignas de tu alma de artista...
¿Cuál ha sido tu conquista?
¿Qué fué de tus aventuras?

Como no vi a Colombina
¿acaso fuiste a su reja
a cantar tu eterna queja
en la vieja mandolina?

Pues yo no comprendo como
desististe de tu empresa
de rendir a una princesa
con el auxilio de Momo.

¿Dónde estuviste, Pierrot,
en estas noches de fiesta?
¿Dónde estuviste? Contesta.
¿No quieres decirlo?
—¡No!

¿Entonces es cierto, di,
que andabas hecho un truhán
llevado por torpe afán
a embriagarte por ahí?

¿Que disfrazado de chulo
conquistaste a una fregona
(aunque ibas por la patrona
y no valió el disimulo)?

¿Que te encontraron de día,
tumbado sobre la acera,
sucia la blanca gorguera
de vino y de porquería?

¿Que has usado la careta
para escupir tus rencores;
y que tus nuevos amores
con una viuda discreta

van a permitirte pronto
cambiar por el frac tu blusa,
y ser, como quien lo usa:
lacayo, magnate... o tonto?

¿Todo esto es exacto, di,
oh, romántico poeta,
del pasado, silueta
que el siglo ha borrado?
—¡Sí!

Enzo ALOISI.



POR LOS DOMINIOS DE TALÍA



EVOLUCIÓN

Se está operando en algunos teatros nacionales un movimiento simpático de reconciliación con el arte. Compañías de género chico, que han venido dedicándose exclusivamente al sainetón grotesco, dan cabida en sus programas a comedias discretas, como si trataran de explorar el gusto del público cambiándoles el plato. Este fenómeno auspicioso se ha producido últimamente en el Smart. La compañía Simari-Franco estrenó "El protector de la familia", comedia en dos actos de Jorge Dowton, y obtuvo un buen éxito. Se trata de una comedia no exenta de méritos, correctamente escrita y sin chistes burdos ni otros recursos subalternos. La obra vive desahogadamente y da una entrada bastante pingüe, tal vez mayor que la de las demás que figuran en el cartel. El hecho es sugestivo. Revela que el público, por lo menos, va a ver lo que le den, sea lo que sea. Y aunque así fuere, una razón de buen gusto y de moral artística aconseja la representación de obras honestas (en toda la amplitud del vocablo), puesto que favorecen el arte, dignifican al público y no perjudican a las empresas.

¿Estamos todos?

CAMILA QUIROGA

La inteligente y celebrada actriz argentina, que tantos éxitos ha conquistado en la escena nacional y en el extranjero, ha regresado a Buenos Aires dispuesta a hacer en el Odeón una temporada de comedia, que deseamos sea larga para bien del arte. En estos días ha debido de tener lugar la presentación, con la pieza de Henry Bataille "Tendresse" (Ternura). Ignoramos a qué obedece la elección de una pieza extranjera para el debuto. Es posible que lo sepan en el Círculo Argentino de Autores.

CUENTO BATURRO

Uno de los tres baturros que en un burro llegaron al Victoria, había traído mil pesos para hacer un negocio de miel en Buenos Aires. Al hombre le fué mal porque se empeñó en que su miel tenía que ir a comprarla la gente a Nueva Pompeya, donde vivía y ni a palos daba beligerancia a los corredores que querían comprarle al por mayor. Ya fundido, paseábase por el centro con un amigo en busca de trabajo y parados ante una vidriera sastreril, contemplaban los elegantes maniquíes que ostentaban pequeños rótulos: "Traje, 40 pesos", "Traje, 55 pesos", etc. El baturro, le dijo filosóficamente al amigo:

—¡Otra que ridiós, maño, y que no son cansadicos en este Buenos Aires. Miá ese, trajo treinta pesos. Yo traje mil y no me queda una peseta.

UN ÉXITO HALAGADOR

El cronista anda por esos teatros viendo toda clase de cosas, incluso cosas buenas a veces, que de todo hay en la viña del Señor. Oye chistes, payasadas y alguna frase de ingenio o con sentido filosófico. Ve malos cómicos, detestables actrices y por ahí uno que otro actor discreto, correcto, bueno. El cronista, que no puede ver lo que quiere, tiene que verlo todo y casi siempre pasa malos ratos. Pero a veces se congratula con un éxito que halaga sus sentimientos estéticos. Por ejemplo: "La virgen de la pureza", que se mantiene sin esfuerzo en el Liceo, por sus propios valores y el realce que le da una buena interpretación por parte de la compañía (léase bien lo que antecede) de José Gómez.

DOS POLOS

Bien dicen que los extremos se tocan. No sabemos si dos esposos serán extremos, pero sí sabemos lo demás. Los que también son extremos y se tocan son el melodrama y la revista. En cuanto al contacto, se produce todos los días en el cartel del Avenida, donde la compañía Vittone-Pomar alterna "El inglés de Santa Cruz" con "Buenos Aires Folies". Los dos polos se mantienen con éxito.

MANUELITA ROZAS DE ROSSI

Esto parece una tarjeta de visita, pero no es más que el título de una obra y el apellido de su autor. Para más detalles, dirigirse a Blanca Podestá, en el Marconi.

ONCE CENTENARES

A esa bonita cifra llegó noches pasadas la revista de gran espectáculo titulada "Las Corsarias", que viene representándose en el teatro de la Comedia desde la fecha del descubrimiento de América. Este fenómeno de longevidad se registra como caso único en nuestros teatros.

Para acompañarla en el cartel, fué estrenada la opereta "El caballero de la rosa", música del maestro Padilla. Obtuvo muchos aplausos.

OPERA ITALIANA

Con mantenido éxito continúa actuando en el Nuevo la compañía que se engalana con el nombre de María Javor Varnay. El repertorio clásico que viene desarrollándose en esta sala con representaciones populares y popularísimas, es puntualmente seguido por la legión de aficionados que en Buenos Aires viene a ser del uno por dos.

TURF TEATRAL

"El stud misterioso" del Argentino, sigue detentando el record de los llenos. Es casi seguro que resultará la segunda edición de "Melgarejo", otro nombre de turf, que recorrió el cartel durante todo un año.

"LA MACHONA"

La interesante comedia de Morales ha resultado el primer gran éxito (legítimo) del Maipo. Y por cierto que merecidísimo. Pieza sin cabaret, sin tango, sin groserías de esas que tanto halagan a nuestro culto público. "La machona" se viene representando a razón de tres veces por día y siempre con gran cantidad de público. La Mary, Carlitos Morganti y Gutiérrez se lucen en sus respectivos papeles.

Según datos recogidos en "El Telégrafo", el pibe Morales, padre de "La machona", buscando hacer circular los derechos de autor pregunta a todos sus amigos el último precio de los Ford. ¡Que te pierdes, Isaac!...

MAYO

Siempre viento en popa. Desplazada "La montería" del cartel nocturno y trasladada a la vermut, el público filarmónico que pasa a las seis de la tarde por Avenida y Lima, siente tentaciones de entonar el "¡Hay que ver!" y se introduce como Pedro en su casa, en la sala.

La compañía Casas reprisó con buen éxito "La canción del náufrago", que fué briosamente cantada.

JUAN MOREIRA SE AVECINA

Si al salir este número no se ha estrenado aún la nueva producción vacarezziana, poco le faltará. Mientras escribíamos estas líneas, la compañía criolla del Nacional ensayaba activamente "Juan Moreira" y Carcavallo, que se va en fija con la pieza, meditaba acerca de la fecha que debía estrenarla, cosa que en verdad poco le quita el sueño, pues "La mala siembra" y "Mateo" son dos éxitos firmes.

"LA SOMBRA DEL CONDE"

La compañía Arata-Mancini estrenó con este título en el Porteño, una pieza de don Alberto J. Ballestero, quien la clasifica de pieza "burlesca". En rigor, es una astracanada pochadesca, por su ingenuidad y lo arbitrario de su desarrollo. Escrita sin duda para divertir, logró en bastantes escenas el propósito tenido en vista por el autor. En general, el público no se dió cuenta claramente sino al final, de las cosas que confusamente sucedieron en el escenario, quizá por el excesivo dinamismo de sus personajes que entraron y salieron en forma casi relampagueante. Arata, la Mancini y Ruggero fueron los héroes.

POR EL BUENOS AIRES

El actor Enrique De Rosas, espíritu inquieto y amigo de las novedades, dió a conocer una producción del conocido autor don Armando Mock, que resulta una nota exótica y un poco extravagante dentro de nuestro teatro. "Un loco escribió este drama o la odisea de Melitón Lamprocles", títeres en un prólogo y en un acto que parecen dos—así lo establece el autor,—es una expresión pesimista de la vida, una negación de la virtud, del honor y de cuantas manifestaciones buenas se atribuyen al hombre en su parte moral. La conciencia, presentada en forma de una mujer, es algo que sobra en el tipo humano, según esta pieza que el público en parte comprendió y en parte no comprendió. De Rosas hizo su personaje con tal relieve, que interesó vivamente.

POLITEAMA

La interesante compañía Bertini-Gioana ha venido dando la hermosa opereta de Lehar y Lombardo. "La danza de las libélulas", con gran aceptación desde la noche del debut. El público, en gran número, asiste a los espectáculos, presentados con mucho lujo y gran propiedad escénica. Prepara para en breve interesantes novedades, entre las cuales está "Frasquita", la última obra del citado Lehar.

"EL PATIO DE LOS FANTASMAS"

Parece definitivo en el Apolo el éxito de esta pieza cómica de Oscar R. Beltrán y Carlos E. Ossorio, nuevo binomio teatral cuyo primer ensayo en colaboración no ha podido ser más feliz. Recordando a los simpáticos autores, dos figuras físicamente opuestas, conjeturaba un travieso colega:

El azar los juntó en "Novela porteña".
Tras una leve y expresiva seña,
Beltrán, que es un tonel, trajo un tintero
y el trasparente Ossorio, un lapicero.
Las escenas brotaron a raudales,
cayó un frasco de sal y otro de sales...
y todas las visitas dispararon...
—¡Un éxito grandioso!... ambos gritaron.
—¡Sigamos!—Y el sainete terminaron.

CASINO

Tres números de gran atracción para esta sala son: los cerdos amaestrados, los liliputienses rusos y el acorazado misterioso que dirige a la distancia el ingeniero Westerhold. Mucho público y mucho entusiasmo.

FLORIDA

Actúan con aceptación los criollos Vega-Díaz, Vila Palos y Valdo. El cartel se completa con buenas películas.

GRAND SPLENDID

Con salas muy pobladas viene trabajando esta sala de grandes y merecidos prestigios entre el público. Para la semana en curso se anuncian interesantes novedades cinematográficas. Los capítulos de "La dueña del mundo", bellísima producción que se pasa los martes, son seguidos por numerosas familias. Los viernes, la función es de moda.

CAPITOL

Repunta el público en esta bonita sala, donde los miércoles se pasan las series de "La dueña del mundo" y los demás días se exhiben bellas películas de renombre, a veces en carácter de estreno. Los jueves la función es de moda y delicada al público elegante.

COLABORACIÓN ESPONTÁNEA

Vayámonos pronto

Dejemos, novia, la balumba triste,
de la vida afanosa y tumultuaria,
vayámonos del reino del Dinero,
rico de oro y pobre de esperanzas.

No podemos vivir en el pantano
del torpe afán de la existencia diaria;
no debemos manchar con ese lodo,
la impoluta blancura de las alas.

Vayámonos al reino de los pobres,
en pos de una existencia visionaria;
cuanto más pobre y roto es el vestido,
más fácilmente se dilata el alma.

Vayamos mi novia, para amarnos,
dos almas puras en el mundo bastan,
dejemos lejos la balumba triste,
de la infinita estupidez humana.

Y siempre espirituales, siempre puros,
los dos unidos por la senda larga,
seamos peregrinos de la altura,
acólitos del Bien y la Esperanza;

seamos un espíritu que sube,
por el impulso de sus blancas alas,
más allá del azul de puros cielos,
más allá de la estrella más lejana.

E. RODRÍGUEZ GARCÍA.

¿A quién?

Tengo ganas de querer...
tengo quien me quiere mucho,
más, las súplicas no escucho
de tan amante mujer...
Es mi sueño el poseer
lo que está de mí distante,
y atrevido navegante,
aunque las olas y vientos
se obstinen, mis pensamientos
siempre siguen adelante.

No sé si haré bien o mal.
No hago caso a la razón
y me lleva el corazón
a una pendiente fatal;
pero ella es tan divinal,
hay tanto fuego en sus ojos,
que me marean de antojos
y de delirios me ciegan,
cuando con los míos juegan
y ríen sus labios rojos.

¿Seguiré haciéndole caso
al deseo que me inflama?...
¿Acercaré hasta esa llama
mis alas de seda y raso...
o iré a beber en el vaso
que me ofrecen insistente?
¡Oh, que duda más ardiente
calcina mi corazón:
¿cuál de ellas, en su pasión,
dará dicha más ferviente?

Y entretanto el tiempo pasa...,
rueda al abismo la vida
y mi aflicción, sin medida,
jirones de calma arrasa...
Esta duda que me abrasa
no consigo desechar...
¿A quién, a quién he de amar?
¿A la que por mí se muere
o aquella que sí me quiere
no lo pude averiguar?

Pascual A. DE VITA.

Pasional

(Escrito exclusivamente para "Fray Mocho")

Dedicado a M. C. F.

Ven amada a quererme ya que al fin ha podido
mi amorosa constancia tu desvío vencer.
La onda azul infinita, mar y cielos ha unido.
Sopla un viento suave. Canta el ave en el nido.
Primavera fecunda quiere ya florecer.

¿Cómo pude vencerla? Yo no sé cómo ha sido;
la victoria es tan grande que estremece mi ser;
ya no temo a la duda; ya no temo al olvido;
ahora es clara la sombra y es canción el gemido.
Vuelve sangre a mis venas presurosa a correr.

Ven, amada, a quererme. Mira, el sol ha salido,
ilumina las cumbres. Ora empieza a llover
sobre el campo. La alondra, ya a la altura ha subido,
a cantar la belleza de la luz y el sonido.
Ven, mis brazos te esperan. Tu seguro han de ser.

Ya mi amor, amor tiene. Corazón, tu latido,
de alegría, amenaza con mi vida romper;
corazón, ama y ríe, de ilusiones henchido;
juventud y esperanza en tu busca han venido,
si las dejas marcharse, no las vuelves a ver.

Por tus ojos, amada, tengo el pecho transido,
en la flor de tus labios, dichas quiero beber,
primavera de amores es el bosque florido,
en su fronda secreta labraremos el nido,
nuestro sueño las hadas lograrán proteger.

Ven, amada, a quererme, ya que en fin han sabido
en tu sangre mis ansias el deseo encender.
Primavera de ensueños nuestras almas ha unido.
Ven, mi amor, que la vida con supremo latido,
te conduce en mis brazos, al festín del placer.

CARESGEL.

EN LA AVENIDA ALVEAR



La obsesión del peatón.

Juan José

Cuando Juan José de Silva cumplió los cuarenta años, conservaba aún el timbre preclaro de su continente altivo, y el gesto huraño de su soledad despectiva.

Tenía Juan José, frente amplia, ojos claros, nariz roma, sensual el trazo de la boca, y recia barbilla de guerrero. Era, quizás, interesante, quizás, seductor.

En sus mocedades, Juan José, para mengua de su apellido ilustre a través de siete generaciones, olvidado del solar y cuantioso patrimonio heredado, ofició de periodista, poeta, filósofo, literato, afortunado en amoríos y lances de fortuna.

Ahora, bajo las túmidas de los largos corredores, en el viejo castill de sus antepasados, dejaba vivir en él la vida, sin preocupaciones, incapaz de fatigarse aún pensando, embotadas sus energías, gozando voluptuosamente del tedio, encontrando sabroso alivio en el sueño.

En todo él se adivinaba cansancio, despreocupación; realmente vivía en una absurda laxitud de los sentidos. Una extraña analogía le hacía pensar con amor en los viejos camellos que atravesaron el desierto, y cansados, se tienden sobre la arena ardorosa, con las pupilas enormemente inexpresivas; extáticos, ausentes, bajo la pesada tibieza del sol...

Un día, Juan José sintió deseos de tener una mujer a su lado; una boca fresca y perfumada que besar, una cabeza cerca de la suya en el blanco desierto de la almohada.

Pensó en una querida—pero, esto le traería consigo demasiadas molestias, complicaciones...

Decidió casarse, con cualquiera. El matrimonio, para él, venía a llenar una necesidad de relativa importancia.

Su mucama le agradaba; más, a veces llegó a desearla. Pero, la sola idea de que aquella mujer lo acariciaría con su mano dura, un poco rugosa —mano de madera—lo atormentaba ferozmente.

María Inés Alvenzar, era la mujer más cercana; además había notado que no le miraba mal.

Según su mucama—que lo había sido antes de María Inés—tenía ésta el espíritu tumultuoso y gustaba enormemente, después del tibio baño sahumado en rosas, contemplar, con apasionada delectación, las líneas de su cuerpo, lánguidas, suaves... Daba la sensación de algo ardoroso, quemante.

De ojos negros y pensativos, boca breve y colorada, talle avispado, y ledo paso de novicia, María Inés agradaba a Juan José, quien, a fuerza de imaginarla, la hizo tan familiar a su espíritu, que hasta creyó innecesaria mayor realidad. Le torturaba la idea de los infinitos obstáculos a vencer, los preliminares de la conquista, tontos, necios, ridículos, extremadamente ridículos. ¡Si la unión fuera espontánea, de un instante a otro, sin la vulgaridad de los rodeos!...

Cuando llegó el invierno, Juan José tuvo miedo de su soledad, de la noche brumosa, fría, penetrante.

Una tarde, bajo la caricia cordial de la lumbre, Juan José desató un paquetito de viejas cartas en sobre violetas; buscó la de fecha inicial, la leyó: una carta, que cuando joven; en una viva exaltación de todos los sentidos, envió declarándole su amor a una amiga de ojos azules y cabellera blonda. La copió y envióesela a María Inés.

Aquellos dos años de matrimonio le parecieron a Juan José, más apacibles, más serenos que los anteriores a su enlace.

No creyó nunca, ni remotamente, que María Inés pudiera desear más que la asistencia a los oficios divinos, almorzar, tejer, algunas veces salir de paseo, y dormir después.

¡Le parecía tan simple la vida de la mujer!...

Cuando Juan José se percató que Armando Viazzi, primo de María Inés, la cortejaba con sugestiva asiduidad y ésta daba pábulo al estrechamiento del cerco, no pudo menos de sonreír pensando en la posibilidad del adulterio. Después, se indignó consigo mismo ¡haber pensado en su propia deshonra!...

Olvidado ya de la sospecha, cierta mañana, regresando del club, y ya próximo a su casa, vió cómo atravesaba el portal, con paso febril y apresurado, su esposa, cubierto el rostro de espeso tul.

La siguió. En la calle San Eugenio tomó un coche cerrado; él hizo lo mismo. Frente al "Imperial" se detuvieron. Ella subió con firmeza y decisión los escalones, y preguntó algo al portero que contestó:

En el 16, señora, hacia la derecha, segundo piso.

Juan José encendió un cigarrillo, esperó algunos instantes, subió hasta el apartado 17 y escuchó la voz de Viazzi.

—Dime, dime otra vez que me amas, loca, apasionadamente...

Un sonoro beso fué la respuesta.

Juan José vibró de rabia. Salió, se detuvo frente a la puerta del 16.

El rumor de besos sofocados y de suspiros, lo exasperó.

De un brutal empellón abrió la puerta.

Armando desnudó un revólver.

—Si da un paso más lo mato—exclamó.

Juan José avanzó serenamente hacia la mujer que habíase cubierto el rostro con el tul.

De un violento tirón le descubrió la cara.

¡Era la mucama de María Inés!

De María Inés a Mercedes.

.. ..

..."Así, querida Mecha, logré despertar en el dormido espíritu de Juan José todo el amor que debía al mío.

Ahora, a sotto voce, te diré, que mi bendito primo logró asustar a mi pobre mucama. ¡Ah! y yo creía en su espiritualidad. ¡Qué cosa, eh!

Te abraza, tu amiga de siempre."

Bruno de REVAL.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18 — U. T. 428, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre	„ 4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año	„ 8.00
N.º suelto	20 cts.	N.º suelto	25 cts.		
N.º atrasado	40 „	N.º atrasado	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Compañía Gral. de Fósforos. — Talleres ex Ricardo Radaelli, Paseo Colón 1286, Buenos Aires



EL CANAL DE SAN FERNANDO



Vista de ésta importante vía comercial, tomada antes de llegar al puente del Ferrocarril Central Argentino. A la izquierda se ve el boulevard Colón, con su compacta y moderna masa de edificios.



Un detalle dominguero del canal. — El vaporcito "Sarmiento", de la flota de los señores Ambrossoni y Luciano, conduciendo excursionistas que se dirigen a un pic nic, en uno de los recreos del Delta.

Fots. Cándido Hidalgo.